

CARLOS MARX
FEDERICO ENGELS
V. I. LENIN

ASALTO AL CIELO

La Revolución Bolchevique de 1917



PRESENTACIÓN, SELECCIÓN DE MATERIALES, EDICIÓN Y DISEÑO
HÉCTOR CUAUHTÉMOC HERNÁNDEZ SILVA

CIEH 2017

ASALTO AL CIELO

La Revolución Bolchevique de 1917

CARLOS MARX
FEDERICO ENGELS
V. I. LENIN

Imagen de la portada:

“Lenin y el pueblo” (“Vladimir Lenin and the People”), de V. Kassian, 1961 (obra número 64 del libro *Ukrainian Leniniana*, URSS, 1980, compilación e introducción de D. Yanko y M. Krivolapov)

Presentación, selección y transcripción de materiales, edición y diseño:
Héctor Cuauhtémoc Hernández Silva

Las publicaciones del CIEH (Centro de Investigaciones y Ediciones Históricas, A. C.), en conmemoración de **Asalto al Cielo. La Revolución Bolchevique de 1917**, buscan difundir materiales escritos y gráficos que contribuyan al conocimiento de la gesta comunista, por lo que su consulta y descarga es gratuita, sin fines de lucro, manifestando, siempre que se pueda, las fuentes de donde se toman los materiales.

Año 2017, en el Centenario del Triunfo de la Revolución Bolchevique

ASALTO AL CIELO

La Revolución Bolchevique de 1917

CARLOS MARX
FEDERICO ENGELS
V. I. LENIN

PRESENTACIÓN, SELECCIÓN DE MATERIALES, EDICIÓN Y DISEÑO
HÉCTOR CUAUHTÉMOC HERNÁNDEZ SILVA

CIEH 2017

ÍNDICE

PRESENTACIÓN

El Asalto al Cielo y la Revolución Bolchevique

SELECCIÓN DE TEXTOS

FEDERICO ENGELS

Introducción de 1891 a *La guerra civil en Francia*

CARLOS MARX

La guerra civil en Francia

- Apartado III

Cartas a Ludwig Kugelmann

- Carta de abril 12 de 1871
- Carta de abril 16 de 1871

V. I. LENIN

Prefacio de 1907 a la *Correspondencia de Carlos Marx con L. Kugelmann*

APÉNDICE

JOHN REED, *Diez días que estremecieron al mundo*

EL ASALTO AL CIELO Y LA REVOLUCIÓN BOLCHEVIQUE

El 23 de octubre de 1917 del calendario ruso, 6 de noviembre del occidental, fuerzas populares y militares dirigidas por el partido bolchevique asaltaron el Palacio de Invierno de los zares rusos en San Petersburgo, iniciando con ello la toma del poder político por parte de los soviets de soldados, obreros y campesinos, y la hegemonía del grupo comunista comandado por Vladimir Ilich Ulianov, mejor conocido en aquellos años como Nicolás Lenin.

Por primera vez en la historia de la humanidad se instalaba un gobierno socialista y popular, abriéndose con ello la posibilidad de terminar con la explotación de las inmensas mayorías de trabajadores.

El suceso de inmediato cambió la geopolítica mundial. La correlación de fuerzas entre los grandes imperios beligerantes se modificó al salir de la Guerra Mundial iniciada en 1914 el recién derrocado imperio ruso. Para los grupos políticos socialistas y movimientos comunistas europeos se abría la lucha por instaurar en sus países gobiernos equivalentes al soviético. El ejemplo singular de los bolcheviques irradió por todo el mundo.

A cien años del gran proceso que iniciaba con la toma del palacio de los zares en San Petersburgo, aún asombra tal hazaña. Es de imaginarse el impacto y esperanzas que fraguó entre quienes vivieron ese tiempo y luchaban por instaurar un mundo mejor para todos.

Asalto al Cielo

Llamar así a la Revolución que llevó a los bolcheviques a la toma del poder y a la instalación del primer gobierno socialista, tiene razones culturales, políticas y de estrategia revolucionaria. Carlos Marx, hombre sabio interesado en todas las manifestaciones humanas, contaba con un

capital literario-filosófico amplio.¹ Sus primeras trayectorias formativas en lo académico y político le hicieron partícipe del movimiento romántico europeo y conocedor de la filosofía idealista alemana.

Tragedia y heroicidad eran elementos constitutivos de la tradición romántica moderna y del pensamiento idealista. Desde el Renacimiento los pensadores percibieron la confrontación entre el poder y la impotencia de los hombres.² En el siglo XVIII, época del absolutismo imperial en Europa, diversos escritores retomaron la leyenda de Guillermo Tell para representar al paladín popular que enfrentaba al poder real de los funcionarios del rey en la vida cotidiana campesina. La imagen épica del arquero suizo continuó en las centurias posteriores y permanece hasta nuestros días en su tierra.³

Sin embargo, fue Prometeo quien encarnó de mejor manera el símbolo heroico del romanticismo europeo en el siglo XIX. Él titán griego representó al atrevimiento humano frente a los dioses y el deseo de controlar sus destinos: “es el impulso que promueve en los hombres la voluntad de asaltar el cielo”.⁴

El titán pretendió robar a los dioses del Olimpo el fuego, el secreto de la vida, y con ello la autonomía ante el dominio divino ejercido sobre él. Su osadía e intento sacrílego le condenó al castigo eterno. No obstante, el acto quedó como ejemplo de la atrevida dignidad humana imperecedera frente a los grandes poderes.

¹ Marshall Berman, *Todo lo sólido se desvanece en el aire*, Argentina, Siglo XXI, 1989, y Francis Wheen, *La historia de El capital de Karl Marx*, México, Debate, 2008, siguiendo al primero, han estudiado las vetas literarias de los textos de Marx, y le han ubicado en las corrientes intelectuales de su tiempo.

² Rafael Argullol, *El héroe y el Único. El espíritu trágico del Romanticismo*, Madrid, Taurus, 1999, p. 16.

³ Napoleón Bonaparte le llamaba “vengador de las naciones”. Schiller le escribió un drama teatral en 1804, y Rossini una ópera en 1829, cuya obertura sigue fascinando hasta nuestros días. Benito Juárez quedó extasiado también con su leyenda, a tal grado que al hacerse masón tomó como nombre simbólico el de ese personaje, pidiendo en sus regresos triunfales a la capital mexicana que se tocara la Obertura de Tell en el Teatro Nacional (Héctor Cuauhtémoc Hernández Silva, “El héroe de mi héroe: Juárez y Guillermo Tell”, *Los mil rostros de Juárez y del liberalismo mexicano*, México, UAM / UABJO / Recinto a Juárez, 2007, pp. 355-377). De la permanencia del mito queda el testimonio de los aficionados suizos que van a festejar los triunfos de su selección de fútbol alrededor de la estatua de Guillermo Tell.

⁴ Argullol, *El héroe y el Único*, p. 207.

La imagen prometeica en Carlos Marx

Esta fue el símbolo que recogió el sector libertario del campo cultural europeo en el siglo XIX, la del Prometeo desafiante frente las fuerzas dominantes. En la tradición alemana, de Goethe pasó a Hölderlin, Hegel y de allí a Marx, quien al comentar epistolarmente la creación de la Comuna de París en 1871 con Ludwig Kugelmann retoma esa imagen épica para calificar el atrevimiento de “estos parisienses, prestos a asaltar el cielo”:⁵

¡Qué flexibilidad, qué iniciativa histórica y qué capacidad de sacrificio tienen estos parisienses! Después de seis meses de hambre y de ruina, originadas más bien por la traición interior que por el enemigo exterior, se rebelan bajo las bayonetas prusianas, ¡como si no hubiera guerra entre Francia y Alemania, como si el enemigo no se hallara a las puertas de París! ¡La historia no conocía hasta ahora semejante ejemplo de heroísmo! Si son vencidos, la culpa será, exclusivamente, de su “buen corazón”. [...] De cualquier manera, la insurrección de París, incluso en el caso de ser aplastada por los lobos, los cerdos y los viles perros de la vieja sociedad, constituye la proeza más heroica de nuestro partido desde la época de la insurrección de junio.

El atrevimiento de esos parisienses heroicos, “prestos a asaltar el cielo”, y la instauración de la Comuna como gobierno alternativo al tradicional burgués, serían elementos revolucionarios resaltados en el análisis político de Marx al brote revolucionario desarrollado en Francia después de la caída del último Bonaparte. En el apartado III de *La guerra civil en Francia*, obra escrita para la Asociación Internacional de Trabajadores sobre estos sucesos se encuentra el aporte teórico-político del estudio de la Comuna como la opción futura de gobierno.⁶

La imagen de los parisinos como los nuevos Prometeos quedaría inédita en la carta a L. Kugelmann de abril 12 de 1871. No sería hasta su

⁵ Los enunciados de las tres citas anteriores fueron escritos por Carlos Marx en la carta que dirigió a Ludwig Kugelmann en abril 12 de 1871. (Marx-Engels, *Obras escogidas*, Moscú, Editorial Progreso, 1980, tomo II, p. 245).

⁶ Fechada en mayo 30 de 1871, *La guerra civil en Francia* fue publicada ese mismo año (Marx-Engels, *Obras escogidas*, tomo II, pp. 104-142), El apartado III en pp. 127-134, el cual se publica en esta edición electrónica.

rescate y publicación primera en 1902 cuando fue conocida de manera pública.⁷

De la Comuna a la Dictadura del Proletariado

En *La guerra civil en Francia* Marx hace el análisis político de la Comuna de París, “esa esfinge que tanto atormenta los espíritus burgueses”, dando cuenta del giro transformador de su composición. El pueblo francés se dio cuenta de que “no puede limitarse simplemente a tomar posesión de la máquina del Estado tal y como está y servirse de ella para sus propios fines”, debido a que la república parlamentaria burguesa continuaba siendo la representación política de los propietarios:

El grito de “república social”, con que la revolución de febrero fue anunciada por el proletariado de París, no expresaba más que el vago anhelo de una república que no acabase sólo con la forma monárquica de la dominación de clase, sino con la propia dominación de clase. La Comuna era la forma positiva de esta república.

La Comuna dejaba de ser un organismo parlamentario para convertirse en una “corporación de trabajo, ejecutiva y legislativa al mismo tiempo”.⁸

Federico Engels recalcó así esta conclusión de Marx en la “Introducción” escrita a la nueva edición de *La Guerra civil en Francia* el año de 1891:

El Estado no es más que una máquina para la opresión de una clase por otra, lo mismo en la república democrática que bajo la monarquía; y en el mejor de los casos, es un mal que se transmite hereditariamente al proletariado triunfante en su lucha por la dominación de clase. El proletariado victorioso, lo mismo que hizo la Comuna, no podrá por menos de amputar inmediatamente los lados peores de este mal,

⁷ Las cartas de Marx a Kugelmann aparecieron publicadas por primera ocasión en el semanario socialdemócrata alemán *Neue Zeit*, en el número 23 de 1901-1902.

⁸ Las tres citas anteriores corresponden al apartado III de *La guerra civil en Francia*, p. 127 la primera, y p. 128 las dos siguientes de la edición soviética.

entretanto que una generación futura, educada en condiciones sociales nuevas y libres, pueda deshacerse de todo este trasto viejo del Estado.⁹

Se confirmaba la tesis expuesta por Marx desde 1851 de exterminar a la maquinaria estatal burguesa. No era la simple “posesión de la máquina del Estado tal y como está”, sino su destrucción y sustitución por un Estado cuyo prototipo era el de la comuna de 1871. De allí tendría que salir la forma estatal de la nueva sociedad comunista a construir. Engels enfatiza en 1891:

Últimamente, las palabras *dictadura del proletariado* han vuelto a sumir en santo horror al filisteo socialdemócrata. Pues bien, caballeros, ¿queréis saber qué faz presenta esta dictadura? Mirad a la Comuna de París: ¡he ahí la Dictadura del Proletariado!¹⁰

El camino de la insurrección popular rusa

No escaparon a Lenin todas estas reflexiones acerca de la Comuna de París, de la teoría de la Dictadura del Proletariado, ni mucho menos el carácter simbólico de la lucha heroica del pueblo parisino en 1871. El arrojito de aquellos mártires sería recuperado por él para reivindicar esa imagen prometeica y promover con ella la continuación de la lucha después de la derrota del movimiento revolucionario de 1905 en Rusia.

En 1907 escribió un “Prefacio” a la publicación en ruso de las cartas de Carlos Marx a Ludwig Kugelmann,¹¹ y llamó la atención de sus lectores en tres asuntos: pistas para entender mejor los conceptos de la teoría económica marxista; puntos para atacar el determinismo histórico y la parálisis revolucionaria de algunos socialdemócratas rusos y otros socialistas europeos; y subrayar la versatilidad y arrojito de los grupos populares con el ejemplo de los parisinos de 1871. Los dos últimos puntos son los que interesa abordar en esta presentación.

⁹ Federico Engels, “Introducción de 1891”, Carlos Marx, *La Guerra civil en Francia*, Marx-Engels, *Obras escogidas*, tomo II, pp. 104-110. La cita es de p. 110.

¹⁰ *Ibidem*.

¹¹ Lenin, “Prefacio”, en V. I. Lenin, *Marx Engels Marxismo*, Ediciones en Lenguas Extranjeras, Beijing, 1980, pp. 213-224, publicado también en Lenin, *Obras completas*, Madrid, Akal, tomo XII, pp. 93-102, como “Prefacio a la traducción rusa de las cartas de Marx a L. Kugelmann”.

Lenin ataca la posición “escéptica” de la mayoría de los socialistas europeos frente a los periodos revolucionarios y de la acción del proletariado en ellos. Como las clases burguesas son la *fuerza motriz* de ellas —dicen esos socialdemócratas— “las tareas del proletariado en la misma son auxiliares, no independientes, y [...] es imposible que el proletariado dirija la revolución”.¹² El dirigente bolchevique refuta esta visión inmutable de la historia, y escéptica a la revolución, con palabras del mismo Marx, haciendo ver que dicha posición significa no sólo la negación a dirigir los movimientos revolucionarios proletarios sino la detención de los mismos y el alejamiento y desconfianza hacia ellos por los dirigentes socialdemócratas, quienes podrían llegar, incluso, hasta al caso de renegarlos y denostarlos.

Confrontando las posiciones extremas de Marx ante la insurrección parisina en 1871, y la de Plejánov frente a la revolución de 1905 en Rusia escribe: “¿Acaso Marx se dirigió a los comuneros como Plejánov a los luchadores de diciembre con su sermón de filisteo autosatisfecho: ‘No se debía de haber empuñado las armas’?”¹³ Al enfrentar el entusiasmo de Marx con el pesimismo y regaño de Plejánov subraya el arrojo popular. El atrevimiento también puede mover, crear procesos:

La *iniciativa histórica* de las masas es lo que más aprecia Marx. ¡Oh, si nuestros socialdemócratas rusos aprendieran de Marx a valorar la *iniciativa histórica* de los obreros y campesinos rusos en octubre y diciembre de 1905!

A un lado, el homenaje a la *iniciativa histórica* de las masas por parte del más profundo de los pensadores, que supo prever medio año antes el revés; y al otro, el rígido, pedantesco, falto de alma: “¡No se debía de haber empuñado las armas!” ¿No se hallan acaso tan distantes como la tierra del cielo?

Y en su calidad de *participante* en la lucha de masas, en la que intervino con todo el entusiasmo y pasión que le eran inherentes, desde su exilio en Londres, Marx emprende la tarea de criticar los *pasos inmediatos* de los parisienses “valientes hasta la locura” y “*dispuestos a tomar el cielo por asalto*”.¹⁴

¹² Lenin “Prefacio”, p. 216, edición china (p. 95 de Akal).

¹³ *Ibíd.*, p. 220, edición china (p. 98 de Akal).

¹⁴ *Ibíd.*, p. 220-221, edición china (p. 99 de Akal).

Lenin quedó arrebatado por la frase prometeica de Marx: *Asaltar el cielo*. Y al igual que él defenderá a la iniciativa popular, pero sin olvidar el análisis de las fallas tácticas en este tipo de insurrecciones, en especial, la falta del centro rector de la misma para continuar la ofensiva contra el gobierno burgués instalado en Versalles. Ante el empuje de los parisinos Marx adoptó “la actitud de consejero práctico, de participante en la *lucha* de las masas que elevan *todo* el movimiento a un *grado superior*”.

La proeza de la Comuna no quedaría sólo en ejemplo heroico. Como Marx (y Engels), Lenin ve en ella el germen del gobierno a instaurar al triunfo de la revolución: “Marx, sin ocultar al proletariado *ni uno solo* de los errores de la Comuna, dedicó a esta *proeza* una obra que *hasta hoy día* es la mejor guía para la lucha por el ‘cielo’, y lo más temido por los ‘cerdos’ liberales y radicales”.¹⁵

No era sólo romanticismo sino acción concreta en una situación determinada lo hecho por los parisinos:

La historia universal —escribe Marx—, sería por cierto muy fácil de hacer si la lucha sólo se aceptase con la condición de que se presentaran perspectivas infaliblemente favorables.¹⁶

El análisis de la Comuna no debía llevar al freno de la revolución sino a preparar y actuar de mejor forma en las sublevaciones populares: “Marx sabía apreciar también el hecho de que hay momentos en la historia en que la lucha desesperada de las *masas*, incluso por una causa sin perspectiva, es *indispensable* para los fines de la educación ulterior de estas masas y de su preparación para la *lucha siguiente*”.¹⁷

Así lo vislumbró Lenin en 1907, y así lo haría 10 años después, cuando enterado del resultado positivo de la Revolución de Febrero rusa en los albores de 1917, retornó al terruño para colaborar en la organización del movimiento que convertiría en pocos meses el triunfo popular y de la burguesía sobre el gobierno zarista en victoria

¹⁵ Las dos citas anteriores, *ibídem*, p. 222, edición china (p. 100 de Akal).

¹⁶ Marx a Kugleemann, abril 17 de 1871, citado en Lenin, “Prefacio”, p. 223, edición china (p. 101 de Akal).

¹⁷ *Ibíd.*, p. 223, edición china (p. 101 de Akal).

bolchevique, instaurando el gobierno de los soviets, nueva forma política que tomaría la Comuna de París al convertirse en la Dictadura del Proletariado rusa:

La clase obrera de Rusia ha demostrado ya, y lo demostrará todavía más de una vez, que es capaz de “tomar el cielo por asalto”.¹⁸

Y así lo haría el pueblo ruso en octubre de 1917 comandado por el partido bolchevique al tomar el Palacio de Invierno de los zares allá en San Petersburgo, dándole el poder a la primera revolución socialista victoriosa en la historia de la humanidad.

Héctor Cuauhtémoc Hernández Silva
UAM Azcapotzalco

¹⁸ *Ibíd.*, p. 224, edición china (p. 102 de Akal).

SELECCIÓN DE TEXTOS

CARLOS MARX
FEDERICO ENGELS

LA GUERRA CIVIL EN FRANCIA (1870 – 1871)

La guerra civil en Francia es una de las más importantes obras del marxismo, en la que, sobre la base de la experiencia de la Comuna de París, se desarrollan las principales tesis de la doctrina marxista sobre el Estado y la revolución. Fue escrita como Manifiesto del Consejo General de la Internacional a todos los miembros de la Asociación Internacional de los Trabajadores en Europa y los Estados Unidos. En este trabajo se confirma y se desarrolla la tesis expuesta por Marx en *El Dieciocho Brumario de Luis Bonaparte* (1851), acerca de la necesidad de que el proletariado destruya la máquina estatal burguesa. Marx saca la conclusión de que «la clase obrera no puede limitarse simplemente a tomar posesión de la máquina del Estado tal y como está y servirse de ella para sus propios fines» (Carta a L. Kugelmann). El proletariado debe destruirla y sustituirla con un Estado del tipo de la Comuna de París. Esta conclusión de Marx acerca del Estado de nuevo tipo – del tipo de la Comuna de París – como forma estatal de la dictadura del proletariado constituye el contenido principal de su nueva aportación a la teoría revolucionaria. La obra de Marx *La guerra civil en Francia* tuvo gran propagación. En los años de 1871-1872 fue traducida a varias lenguas y publicada en diversos países de Europa y en los Estados Unidos.¹⁹

¹⁹ Este texto, glosado, es la nota de presentación que hace Editorial Progreso a la publicación de esta obra en Marx-Engels, *Obras escogidas*, Moscú, 1980, pp. 104-142. La mayoría de las notas de los textos que se presentan en esta edición electrónica, se toman de esta casa editora soviética, o de Ediciones en Lenguas Extranjeras de China. Cuando sean de otra parte, o de esta nueva edición, se harán notar con una llamada oportuna.

INTRODUCCIÓN
A LA EDICIÓN DE *LA GUERRA CIVIL EN FRANCIA,*
DE 1891²⁰

Federico Engels

El requerimiento para reeditar el manifiesto del Consejo General de la Internacional sobre *La guerra civil en Francia*, y para escribir una introducción para él, me cogió desprevenido. Por eso sólo puedo tocar brevemente aquí los puntos más importantes.

Hago preceder al extenso trabajo arriba citado los dos manifiestos más cortos del Consejo General sobre la guerra franco-prusiana. En primer lugar, porque en *La guerra civil* se hace referencia al segundo de estos dos manifiestos, que, a su vez, no puede ser completamente comprendido si no se conoce el primero. Pero, además, porque estos dos manifiestos, escritos también por Marx, son, al igual que *La guerra civil*, ejemplos elocuentes de las dotes extraordinarias del autor — manifestadas por vez primera en *El dieciocho Brumario de Luis Bonaparte*— para ver claramente el carácter, el alcance y las consecuencias inevitables de los grandes acontecimientos históricos, cuando éstos se desarrollan todavía ante nuestros ojos o acaban apenas de producirse. Y, finalmente, porque en Alemania estamos todavía padeciendo las consecuencias de aquellos acontecimientos, tal como Marx los había pronosticado.

²⁰ Engels escribió esta introducción para la tercera edición alemana del trabajo de Marx *La guerra civil en Francia* publicada en 1891 en conmemoración del 20 aniversario de la Comuna de París. En dicha edición Engels incluye el primer y el segundo manifiesto del Consejo General de la Asociación Internacional de Trabajadores, escritos por Marx, acerca de la guerra franco-prusiana, manifiestos que en las ediciones posteriores en diferentes lenguas se publican también junto con *La guerra civil en Francia*. Editorial Progreso la publicó de acuerdo con el texto de la revista *Die Neue Zeit*, n. 28, 1890-1891, y del libro, Karl Marx, *Der Bürgerkrieg in Frankreich*, Berlín, 1891 (Marx-Engels, *Obras escogidas*, Moscú, Editorial Progreso, tomo II, pp. 104-110). Se tomó como base para esta edición electrónica el texto digitalizado por Izquierda Revolucionaria, Sevilla - España (Marxists Internet Archive, 2000).

En el primer manifiesto se declaraba que si la guerra defensiva de Alemania contra Luis Bonaparte degeneraba en una guerra de conquista contra el pueblo francés revivirían con redoblada intensidad todas las desventuras que Alemania había experimentado después de la llamada guerra de liberación.²¹ ¿Acaso no ha sucedido así? ¿No hemos padecido otros veinte años de dominación bismarquiana, con su Ley de Excepción,²² y su batida antisocialista en lugar de las persecuciones de demagogos,²³ con las mismas arbitrariedades policíacas y la misma, literalmente la misma, interpretación indignante de las leyes?

¿Y acaso no se ha cumplido al pie de la letra el pronóstico de que la anexión de Alsacia y Lorena “echaría a Francia en brazos de Rusia” y de que Alemania con esta anexión se convertiría abiertamente en un vasallo de Rusia o tendría, que prepararse, después de una breve tregua, para una nueva guerra, para “una guerra de razas, una guerra contra las razas eslava y latina coligadas”? ¿Acaso la anexión de las provincias francesas no ha echado a Francia en brazos de Rusia? ¿Acaso Bismarck no ha implorado en vano durante veinte años los favores del zar, y con servicios aún más bajos que aquellos con que la pequeña Prusia, cuando todavía no era la “primera potencia de Europa”, solía postrarse a los pies de la santa Rusia? ¿Y acaso no pende constantemente sobre nuestras cabezas la espada de Damocles de otra guerra, que, al empezar, convertirá en humo de pajas todas las alianzas de los soberanos selladas por los protocolos, una guerra en la que lo único cierto es la absoluta incertidumbre de sus consecuencias; una guerra de razas que entregará

²¹ Se alude a la guerra de liberación nacional del pueblo alemán contra la dominación napoleónica en 1813-1814.

²² La *Ley de Excepción contra los socialistas* fue promulgada en Alemania el 21 de octubre de 1878. En virtud de la misma quedaron prohibidas todas las organizaciones del Partido Socialdemócrata, las organizaciones obreras de masas y la prensa obrera. Fueron confiscadas las publicaciones socialistas y se sometió a represiones a los socialdemócratas. Bajo la presión del movimiento obrero de masas, la ley fue derogada el 1º de octubre de 1890.

²³ Se denominaban *demagogos* en Alemania, en los años 20 del siglo XIX, a los participantes en el movimiento opositor de los intelectuales alemanes que se pronunciaban contra el régimen reaccionario en los Estados alemanes y reivindicaban la unificación de Alemania. Los “demagogos” eran víctimas de crueles persecuciones por parte de las autoridades alemanas.

a toda Europa a la obra devastadora de quince o veinte millones de hombres armados, y que si no ha comenzado ya a hacer estragos es simplemente porque hasta la más fuerte entre las grandes potencias militares tiembla ante la completa imposibilidad de prever su resultado final?

De aquí que estemos aún más obligados a poner al alcance de los obreros alemanes esta brillante prueba, hoy medio olvidada, de la profunda visión de la política internacional de la clase obrera en 1870.

Y lo que decimos de estos dos manifiestos también es aplicable a *La guerra civil en Francia*. El 28 de mayo, los últimos luchadores de la Comuna sucumbían ante la superioridad de fuerzas del enemigo en las faldas de Belleville. Dos días después, el 30, Marx leía ya al Consejo General el texto del trabajo en que se esboza la significación histórica de la Comuna de París, en trazos breves y enérgicos, pero tan precisos y sobre todo tan exactos que no han sido nunca igualados en toda la enorme masa de escritos publicados sobre este tema.

Gracias al desarrollo económico y político de Francia desde 1789, la situación en París desde hace cincuenta años ha sido tal que no podía estallar en esta ciudad ninguna revolución que no asumiese en seguida un carácter proletario, es decir, sin que el proletariado, que había comprado la victoria con su sangre, presentase sus propias reivindicaciones después del triunfo conseguido. Estas reivindicaciones eran más o menos oscuras y hasta confusas, a tono en cada período con el grado de desarrollo de los obreros de París, pero se reducían siempre a la exigencia de abolir los antagonismos de clase entre capitalistas y obreros. A decir verdad, nadie sabía cómo se podía conseguir esto. Pero la reivindicación misma, por vaga que fuese la manera de formularla, encerraba ya una amenaza contra el orden social existente; los obreros que la mantenían estaban aún armados; por eso, el desarme de los obreros era el primer mandamiento de los burgueses que se hallaban al frente del Estado. De aquí que después de cada revolución ganada por los obreros se llevara a cabo una nueva lucha que acababa con la derrota de éstos.

Así sucedió por primera vez en 1848. Los burgueses liberales de la oposición parlamentaria celebraban banquetes abogando por una reforma electoral que había de garantizar la dominación de su partido. Viéndose cada vez más obligados a apelar al pueblo en la lucha que

sostenían contra el Gobierno, no tenían más remedio que tolerar que los sectores radicales y republicanos de la burguesía y de la pequeña burguesía tomaran poco a poco la delantera. Pero detrás de estos sectores estaban los obreros revolucionarios, que desde 1830 habían adquirido mucha más independencia política de lo que los burgueses e incluso los republicanos se imaginaban.²⁴ Al producirse la crisis entre el Gobierno y la oposición, los obreros comenzaron la lucha en las calles. Luis Felipe desapareció, y con él la reforma electoral, viniendo a ocupar su puesto la república, y una república que los mismos obreros victoriosos calificaban de república “social”. Nadie sabía a ciencia cierta, ni los mismos obreros, qué había que entender por república social. Pero los obreros tenían ahora armas y eran una fuerza dentro del Estado. Por eso, tan pronto como los republicanos burgueses, que empuñaban el timón del Gobierno, sintieron que pisaban terreno un poco más firme, su primera aspiración fue desarmar a los obreros. Para lograrlo se les empujó a la Insurrección de Junio de 1848,²⁵ por medio de una violación manifiesta de la palabra dada, lanzándoles un desafío descarado e intentando desterrar a los parados a una provincia lejana. El Gobierno había cuidado de asegurarse una aplastante superioridad de fuerzas. Después de cinco días de lucha heroica, los obreros sucumbieron. Y se produjo un baño en sangre con prisioneros indefensos como jamás se había visto en los días de las guerras civiles con que se inició la caída de la República Romana.²⁶ Era la primera vez que la burguesía ponía de manifiesto a qué insensatas crueldades de venganza es capaz de acudir tan pronto como el proletariado se atreve a enfrentarse con ella, como clase aparte con intereses propios y propias reivindicaciones. Y, sin embargo, lo de 1848 no fue más que un juego de chicos, comparado con la furia de la burguesía en 1871.

El castigo no se hizo esperar. Si el proletariado no estaba todavía en condiciones de gobernar a Francia, la burguesía ya no podía seguir gobernándola. Por lo menos en aquel momento, en que su mayoría era

²⁴ Se trata de la revolución burguesa de julio de 1830 en Francia.

²⁵ La *Insurrección de Junio*, heroica insurrección de los obreros de París el 23-26 de junio de 1848, reprimida con inaudita crueldad por la burguesía francesa, fue la primera gran guerra civil entre el proletariado y la burguesía.

²⁶ Se alude a las guerras civiles de los años 44 a 27 antes de nuestra era, que desembocaron en la instauración del Imperio Romano.

todavía de tendencia monárquica y se hallaba dividida en tres partidos dinásticos y el cuarto republicano.²⁷ Sus discordias intestinas permitieron al aventurero Luis Bonaparte apoderarse de todos los puestos de mando — ejército, policía, aparato administrativo — y hacer saltar, el 2 de diciembre de 1851,²⁸ el último baluarte de la burguesía: la Asamblea Nacional. Así comenzó el Segundo Imperio, la explotación de Francia por una cuadrilla de aventureros políticos y financieros, pero también, al mismo tiempo, un desarrollo industrial como jamás hubiera podido concebirse bajo el sistema mezquino y asustadizo de Luis Felipe, en que la dominación exclusiva se hallaba en manos de un pequeño sector de la gran burguesía. Luis Bonaparte quitó a los capitalistas el poder político con el pretexto de defenderles, de defender a los burgueses contra los obreros, y, por otra parte, a éstos contra la burguesía; pero, a cambio de ello, su régimen estimuló la especulación y las actividades industriales; en una palabra, el auge y el enriquecimiento de toda la burguesía en proporciones hasta entonces desconocidas. Ciertamente es que fueron todavía mayores las proporciones en que se desarrollaron la corrupción y el robo en masa, que pululaban en torno a la Corte imperial y se llevaban buenos dividendos de este enriquecimiento.

Pero el Segundo Imperio era la apelación al chovinismo francés, la reivindicación de las fronteras del Primer Imperio, perdidas en 1814, o al menos las de la Primera República.²⁹ Era imposible que subsistiese a

²⁷ Se trata de los legitimistas, los orleanistas y los bonapartistas. *Legitimistas*, partidarios de la dinastía de los Borbones, derrocada en Francia en 1792; representaban los intereses de la gran aristocracia propietaria de tierras y del alto clero; constituyeron partido en 1830, después del segundo derrocamiento de la dinastía. En 1871, los legitimistas se incorporaron a la cruzada común de las fuerzas contrarrevolucionarias para combatir a la Comuna de París. *Orleanistas*, partidarios de los duques de Orleáns, rama menor de la dinastía de los Borbones, que se mantuvo en el poder desde la revolución de julio de 1830 hasta la de 1848; representaban los intereses de la aristocracia financiera y la gran burguesía.

²⁸ Alusión al golpe de Estado de Luis Bonaparte efectuado el 2 de diciembre de 1851, con el que comienza el régimen bonapartista del Segundo Imperio.

²⁹ La Primera República fue proclamada en 1792 durante la Gran Revolución burguesa de Francia. Le siguieron en 1799 el Consulado y, luego, el Primer Imperio de Napoleón I Bonaparte (1804-1814). En ese período Francia sostuvo numerosas guerras, ampliando considerablemente los límites del Estado.

la larga un Imperio francés dentro de las fronteras de la antigua monarquía, más aún, dentro de las fronteras todavía más amputadas de 1815. Esto implicaba la necesidad de guerras accidentales y de ensanchar las fronteras. Pero no había zona de expansión que tanto deslumbrase la fantasía de los chovinistas franceses como las tierras alemanas de la orilla izquierda del Rin. Para ellos, una milla cuadrada en el Rin valía más que diez en los Alpes o en cualquier otro sitio. Proclamado el Segundo Imperio, la reivindicación de la orilla izquierda del Rin fuese de una vez o por partes, era simplemente una cuestión de tiempo. Y el tiempo llegó con la guerra austro-prusiana de 1866. Defraudado en sus esperanzas de “compensaciones territoriales” por el engaño de Bismarck y por su propia política demasiado astuta y vacilante, a Napoleón no le quedaba ahora más salida que la guerra, que estalló en 1870 y le empujó primero a Sedán y después a Wilhelmshöhe.³⁰

La consecuencia inevitable fue la revolución de París del 4 de septiembre de 1870. El Imperio se derrumbó como un castillo de naipes y nuevamente fue proclamada la república. Pero el enemigo estaba a las puertas. Los ejércitos del Imperio estaban sitiados en Metz sin esperanza de salvación o prisioneros en Alemania. En esta situación angustiosa, el pueblo permitió a los diputados parisinos del antiguo Cuerpo Legislativo constituirse en un “Gobierno de la Defensa Nacional”. Estuvo tanto más dispuesto a acceder a esto, cuanto que, para los fines de la defensa, todos los parisinos capaces de empuñar las armas se habían enrolado en la Guardia Nacional y estaban armados, con lo cual los obreros representaban dentro de ella una gran mayoría. Pero el antagonismo entre el Gobierno, formado casi exclusivamente por burgueses, y el proletariado en armas no tardó en estallar. El 31 de octubre los batallones obreros tomaron por asalto el Hôtel de Ville y capturaron a algunos miembros del Gobierno. Mediante una traición, la violación descarada por el Gobierno de su palabra y la intervención de algunos batallones pequeñoburgueses, se consiguió ponerlos

³⁰ El 2 de septiembre de 1870 el ejército francés fue derrotado en Sedán, quedando prisioneras las tropas con el mismo emperador. Del 5 de septiembre de 1870 al 19 de marzo de 1871 Napoleón III y el mando se hallaban en Wilhelmshöhe (cerca de Kassel), castillo de los reyes de Prusia. La catástrofe de Sedán precipitó la caída del Segundo Imperio y desembocó el 4 de septiembre de 1870 en la proclamación de la república en Francia. Se formó el “Gobierno de la Defensa Nacional”.

nuevamente en libertad y, para no provocar el estallido de la guerra civil dentro de una ciudad sitiada por un ejército extranjero, se permitió seguir en funciones al Gobierno constituido.

Por fin, el 28 de enero de 1871, la ciudad de París, vencida por el hambre, capituló. Pero con honores sin precedente en la historia de las guerras. Los fuertes fueron rendidos, las murallas desarmadas, las armas de las tropas de línea y de la Guardia Móvil entregadas, y sus hombres fueron considerados prisioneros de guerra. Pero la Guardia Nacional conservó sus armas y sus cañones y se limitó a sellar un armisticio con los vencedores. Y éstos no se atrevieron a entrar en París en son de triunfo. Sólo osaron ocupar un pequeño rincón de la ciudad, una parte en que no había, en realidad, más que parques públicos, y, por añadidura, ¡sólo lo tuvieron ocupado unos cuantos días! Y durante este tiempo, ellos, que habían tenido cercado a París por espacio de 131 días, estuvieron cercados por los obreros armados de la capital, que montaban la guardia celosamente para evitar que ningún «prusiano» traspasase los estrechos límites del rincón cedido a los conquistadores extranjeros. Tal era el respeto que los obreros de París infundían a un ejército ante el cual habían rendido sus armas todas las tropas del Imperio. Y los junkers prusianos, que habían venido a tomarse la venganza en el hogar de la revolución, ¡no tuvieron más remedio que pararse respetuosamente a saludar a esta misma revolución armada!

Durante la guerra, los obreros de París se habían limitado a exigir la enérgica continuación de la lucha. Pero ahora, sellada ya la paz después de la capitulación de París, Thiers,³¹ nuevo jefe del Gobierno, tenía que darse cuenta de que la dominación de las clases poseedoras — grandes terratenientes y capitalistas— estaba en constante peligro mientras los obreros de París tuviesen en sus manos las armas. Lo primero que hizo fue intentar desarmarlos. El 18 de marzo envió tropas de línea con orden de robar a la Guardia Nacional la artillería que era de su pertenencia, pues había sido construida durante el asedio de París y

³¹ Se alude al Tratado preliminar de paz entre Francia y Alemania firmado en Versalles el 26 de febrero de 1871 por Thiers y J. Favre, de una parte, y Bismarck, de otra. Según las condiciones del tratado Francia cedía a Alemania el territorio de Alsacia y la parte oriental de Lorena y le pagaba una contribución de guerra de 5 mil millones de francos. El tratado definitivo de paz fue firmado en Francfort del Meno el 10 de mayo de 1871.

pagada por suscripción pública. El intento no prosperó; París se movilizó como un solo hombre para la resistencia y se declaró la guerra entre París y el Gobierno francés, instalado en Versalles. El 26 de marzo fue elegida, y el 28 proclamada la Comuna de París. El Comité Central de la Guardia Nacional, que hasta entonces había desempeñado las funciones de gobierno, dimitió en favor de la Comuna, después de haber decretado la abolición de la escandalosa «policía de moralidad» de París. El 30, la Comuna abolió la conscripción y el ejército permanente y declaró única fuerza armada a la Guardia Nacional, en la que debían enrolarse todos los ciudadanos capaces de empuñar las armas. Condonó los pagos de alquiler de viviendas desde octubre de 1870 hasta abril de 1871, incluyendo en cuenta para futuros pagos de alquileres las cantidades ya abonadas, y suspendió la venta de objetos empeñados en el Monte de Piedad de la ciudad. El mismo día 30 fueron confirmados en sus cargos los extranjeros elegidos para la Comuna, pues “la bandera de la Comuna es la bandera de la República mundial”. El 1 de abril se acordó que el sueldo máximo que podría percibir un funcionario de la Comuna, y por tanto los mismos miembros de ésta, no podría exceder de 6 000 francos (4 800 marcos). Al día siguiente, la Comuna decretó la separación de la Iglesia del Estado y la supresión de todas las partidas consignadas en el presupuesto del Estado para fines religiosos, declarando propiedad nacional todos los bienes de la Iglesia; como consecuencia de esto, el 8 de abril se ordenó que se eliminase de las escuelas todos los símbolos religiosos, imágenes, dogmas, oraciones, en una palabra, “todo lo que cae dentro de la órbita de la conciencia individual”, orden que fue aplicándose gradualmente. El día 5, en vista de que las tropas de Versalles fusilaban diariamente a los combatientes de la Comuna capturados por ellas, se dictó un decreto ordenando la detención de rehenes, pero esta disposición nunca se llevó a la práctica. El día 6, el 137 Batallón de la Guardia Nacional sacó a la calle la guillotina y la quemó públicamente, entre el entusiasmo popular. El 12, la Comuna acordó que la Columna Triunfal de la plaza Vendôme, fundida con el bronce de los cañones tomados por Napoleón después de la guerra de 1809, se demoliese, como símbolo de chovinismo e incitación a los odios entre naciones. Esta disposición fue cumplida el 16 de mayo. El 16 de abril, la Comuna ordenó que se abriese un registro estadístico de todas las fábricas clausuradas por los patronos y se

preparasen los planes para reanudar su explotación con los obreros que antes trabajaban en ellas, organizándoles en sociedades cooperativas, y que se planease también la agrupación de todas estas cooperativas en una gran Unión. El 20, la Comuna declaró abolido el trabajo nocturno de los panaderos y suprimió también las oficinas de colocación, que durante el Segundo Imperio eran un monopolio de ciertos sujetos designados por la policía, explotadores de primera fila de los obreros. Las oficinas fueron transferidas a las alcaldías de los veinte distritos de París. El 30 de abril, la Comuna ordenó la clausura de las casas de empeño, basándose en que eran una forma de explotación privada de los obreros, en pugna con el derecho de éstos a disponer de sus instrumentos de trabajo y de crédito. El 5 de mayo, dispuso la demolición de la Capilla Expiatoria, que se había erigido para expiar la ejecución de Luis XVI.

Como se ve, el carácter de clase del movimiento de París, que antes se había relegado a segundo plano por la lucha contra los invasores extranjeros, resalta con trazos netos y enérgicos desde el 18 de marzo en adelante. Como los miembros de la Comuna eran todos, casi sin excepción, obreros o representantes reconocidos de los obreros, sus acuerdos se distinguían por un carácter marcadamente proletario. Una parte de sus decretos eran reformas que la burguesía republicana no se había atrevido a implantar sólo por vil cobardía y que echaban los cimientos indispensables para la libre acción de la clase obrera, como, por ejemplo, la implantación del principio de que, *con respecto al Estado*, la religión es un asunto de incumbencia puramente privada; otros iban encaminados a salvaguardar directamente los intereses de la clase obrera, y, en parte, abrían profundas brechas en el viejo orden social. Sin embargo, en una ciudad sitiada lo más que se podía alcanzar era un comienzo de desarrollo de todas estas medidas. Desde los primeros días de mayo, la lucha contra los ejércitos levantados por el Gobierno de Versalles, cada vez más nutridos, absorbió todas las energías.

El 7 de abril los versalleses tomaron el puente sobre el Sena en Neuilly, en el frente occidental de París; en cambio, el 11 fueron rechazados con grandes pérdidas por el general Eudes, en el frente sur. París estaba sometido a constante bombardeo, dirigido además por los mismos que habían estigmatizado como un sacrilegio el bombardeo de la capital por los prusianos. Ahora, estos mismos individuos imploraban

al gobierno prusiano que acelerase la devolución de los soldados franceses hechos prisioneros en Sedán y en Metz, para que les reconquistasen París. Desde comienzos de mayo, la llegada gradual de estas tropas dio una superioridad decisiva a las fuerzas de Versalles. Esto se puso ya de manifiesto cuando, el 23 de abril, Thiers rompió las negociaciones, abiertas a propuesta de la Comuna, para canjear al arzobispo de París y a toda una serie de clérigos, presos en la capital como rehenes, por un solo hombre, Blanqui, elegido por dos veces a la Comuna, pero preso en Clairvaux. Y se hizo más patente todavía en el nuevo lenguaje de Thiers, que, de reservado y ambiguo, se convirtió de pronto en insolente, amenazador, brutal. En el frente sur, los versalleses tomaron el 3 de mayo el reducto de Moulin Saquet; el día 9 se apoderaron del fuerte de Issy, reducido por completo a escombros por el cañoneo; el 14 tomaron el fuerte de Vanves. En el frente occidental avanzaban paulatinamente, apoderándose de numerosos edificios y aldeas que se extendían hasta el cinturón fortificado de la ciudad y llegando, por último, hasta la muralla misma; el 21, gracias a una traición y por culpa del descuido de los guardias nacionales destacados en este sector, consiguieron abrirse paso hacia el interior de la ciudad. Los prusianos, que seguían ocupando los fuertes del Norte y del Este, permitieron a los versalleses cruzar por la parte norte de la ciudad, que era terreno vedado para ellos según los términos del armisticio, y, de este modo, avanzar atacando sobre un largo frente, que los parisinos no podían por menos que creer amparado por dicho convenio y que, por esta razón, tenían guarnecido con escasas fuerzas. Resultado de esto fue que en la mitad occidental de París, en los barrios ricos, sólo se opuso una débil resistencia, que se hacía más fuerte y más tenaz a medida que las fuerzas atacantes se acercaban al sector del Este, a los barrios propiamente obreros. Hasta después de ocho días de lucha no cayeron en las alturas de Belleville y Ménilmontant los últimos defensores de la Comuna; y entonces llegó a su apogeo aquella matanza de hombres desarmados, mujeres y niños, que había hecho estragos durante toda la semana con furia creciente. Ya los fusiles de retrocarga no mataban bastante de prisa, y entraron en juego las ametralladoras para abatir por centenares a los vencidos. *El Muro de los Federados* del cementerio de Père Luchaise, donde se consumó el último asesinato en masa, queda todavía en pie, testimonio mudo pero elocuente del frenesí a que es capaz de

llegar la clase dominante cuando el proletariado se atreve a reclamar sus derechos. Luego, cuando se vio que era imposible matarlos a todos, vinieron las detenciones en masa, comenzaron los fusilamientos de víctimas caprichosamente seleccionadas entre las cuerdas de presos y el traslado de los demás a grandes campos de concentración, donde esperaban la vista de los Consejos de Guerra. Las tropas prusianas que tenían cercado el sector nordeste de París recibieron la orden de no dejar pasar a ningún fugitivo, pero los oficiales con frecuencia cerraban los ojos cuando los soldados prestaban más obediencia a los dictados de humanidad que a las órdenes de superioridad; mención especial merece, por su humano comportamiento, el cuerpo de ejército de Sajonia, que dejó paso libre a muchas personas, cuya calidad de luchadores de la Comuna saltaba a la vista.

Si hoy, al cabo de veinte años, volvemos los ojos a las actividades y a la significación histórica de la Comuna de París de 1871, advertimos la necesidad de completar un poco la exposición que se hace en *La guerra civil en Francia*.

Los miembros de la Comuna estaban divididos en una mayoría integrada por los blanquistas, que habían predominado también en el Comité Central de la Guardia Nacional, y una minoría compuesta por afiliados a la Asociación Internacional de los Trabajadores, entre los que prevalecían los adeptos de la escuela socialista de Proudhon. En aquel tiempo, la gran mayoría de los blanquistas sólo eran socialistas por instinto revolucionario y proletario; sólo unos pocos habían alcanzado una mayor claridad de principios; gracias a Vaillant, que conocía el socialismo científico alemán. Así se explica que la Comuna dejase de hacer, en el terreno económico, muchas cosas que, desde nuestro punto de vista actual, debió realizar. Lo más difícil de comprender es indudablemente el santo temor con que aquellos hombres se detuvieron respetuosamente en los umbrales del Banco de Francia. Fue éste además un error político muy grave. El Banco de Francia en manos de la Comuna hubiera valido más que diez mil rehenes. Hubiera significado la presión de toda la burguesía francesa sobre el Gobierno de Versalles para que negociase la paz con la Comuna. Pero aún es más asombroso el acierto de muchas de las cosas que se hicieron, a pesar de estar

compuesta la Comuna de proudhonianos y blanquistas. Por supuesto, cabe a los proudhonianos la principal responsabilidad por los decretos económicos de la Comuna, lo mismo en lo que atañe a sus méritos como a sus defectos; a los blanquistas les incumbe la responsabilidad principal por los actos y las omisiones políticos. Y, en ambos casos, la ironía de la historia quiso —como acontece generalmente cuando el poder cae en manos de doctrinarios— que tanto unos como otros hiciesen lo contrario de lo que la doctrina de su escuela respectiva prescribía.

Proudhon, el socialista de los pequeños campesinos y maestros artesanos, odiaba positivamente la asociación. Decía de ella que tenía más de malo que de bueno; que era por naturaleza estéril y aun pernicioso, como un grillete puesto a la libertad del obrero; que era un puro dogma, improductivo y gravoso, contrario por igual a la libertad del obrero y al ahorro de trabajo; que sus inconvenientes crecían más de prisa que sus ventajas; que, por el contrario, la libre concurrencia, la división del trabajo y la propiedad privada eran otras tantas fuerzas económicas. Sólo en los casos excepcionales —así calificaba Proudhon la gran industria y las grandes empresas como, por ejemplo, los ferrocarriles— estaba indicada la asociación de los obreros. (Véase *Idée générale de la révolution*, tercer estudio).

Pero hacia 1871, incluso en París, centro del artesanado artístico, la gran industria había dejado ya hasta tal punto de ser un caso excepcional, que el decreto más importante de cuantos dictó la Comuna dispuso una organización para la gran industria e incluso para la manufactura, que no se basaba sólo en la asociación de obreros dentro de cada fábrica, sino que debía también unificar todas estas asociaciones en una gran Unión; en resumen, en una organización que, como Marx dice muy bien en *La guerra civil*, forzosamente habría conducido en última instancia al comunismo, o sea, a lo más antitético de la doctrina proudhoniana. Por eso, la Comuna fue la tumba de esa escuela socialista. Esta escuela ha desaparecido hoy de los medios obreros franceses; en ellos, actualmente, la teoría de Marx predomina sin discusión, y no menos entre los “posibilistas” que entre los

“marxistas”.³² Sólo quedan proudhonianos en el campo de la burguesía “radical”.

No fue mejor la suerte que corrieron los blanquistas. Educados en la escuela de la conspiración y mantenidos en cohesión por la rígida disciplina que esta escuela supone, los blanquistas partían de la idea de que un grupo relativamente pequeño de hombres decididos y bien organizados estaría en condiciones, no sólo de adueñarse en un momento favorable del timón del Estado, sino que, desplegando una acción enérgica e incansable, sería capaz de sostenerse hasta lograr arrastrar a la revolución a las masas del pueblo y congregarlas en torno al puñado de caudillos. Esto llevaba consigo, sobre todo, la más rígida y dictatorial centralización de todos los poderes en manos del nuevo Gobierno revolucionario. ¿Y qué hizo la Comuna, compuesta en su mayoría precisamente por blanquistas? En todas las proclamas dirigidas a los franceses de las provincias, la Comuna les invita a crear una Federación libre de todas las Comunas de Francia con París, una organización nacional que, por vez primera, iba a ser creada realmente por la misma nación. Precisamente el poder opresor del antiguo Gobierno centralizado —el ejército, la policía política y la burocracia—, creado por Napoleón en 1798 y que desde entonces había sido heredado por todos los nuevos gobiernos como un instrumento grato, empleándolo contra sus enemigos, precisamente éste debía ser derrumbado en toda Francia, como había sido derrumbado ya en París.

La Comuna tuvo que reconocer desde el primer momento que la clase obrera, al llegar al poder, no podía seguir gobernando con la vieja máquina del Estado; que, para no perder de nuevo su dominación recién conquistada, la clase obrera tenía, de una parte, que barrer toda la vieja máquina represiva utilizada hasta entonces contra ella, y, de otra parte, precaverse contra sus propios diputados y funcionarios, declarándolos a todos, sin excepción, revocables en cualquier momento. ¿Cuáles eran las características del Estado hasta entonces? En un principio, por medio de la simple división del trabajo, la sociedad se creó los órganos especiales destinados a velar por sus intereses comunes. Pero, a la larga,

³² Los *possibilistas* formaban una corriente oportunista en el movimiento socialista de Francia. Sus dirigentes, entre otros Brousse y Malon, provocaron en 1882 la escisión del Partido Obrero Francés. Los líderes de esta corriente proclamaron el principio reformista de procurar nada más que lo “posible”.

estos órganos, a la cabeza de los cuales figuraba el poder estatal, persiguiendo sus propios intereses específicos, se convirtieron de servidores de la sociedad en señores de ella. Esto puede verse, por ejemplo, no sólo en las monarquías hereditarias, sino también en las repúblicas democráticas. No hay ningún país en que los “políticos” formen un sector más poderoso y más separado de la nación que en Norteamérica. Allí cada uno de los dos grandes partidos que alternan en el Gobierno está a su vez gobernado por gentes que hacen de la política un negocio, que especulan con las actas de diputado de las asambleas legislativas de la Unión y de los distintos Estados federados, o que viven de la agitación en favor de su partido y son retribuidos con cargos cuando éste triunfa. Es sabido que los norteamericanos llevan treinta años esforzándose por sacudir este yugo, que ha llegado a ser insoportable, y que, a pesar de todo, se hunden cada vez más en este pantano de corrupción. Y es precisamente en Norteamérica donde podemos ver mejor cómo progresa esta independización del Estado frente a la sociedad, de la que originariamente debía ser un simple instrumento. Allí no hay dinastía, ni nobleza, ni ejército permanente — fuera del puñado de hombres que montan la guardia contra los indios — ni burocracia con cargos permanentes o derechos pasivos. Y, sin embargo, en Norteamérica nos encontramos con dos grandes cuadrillas de especuladores políticos que alternativamente se posesionan del poder estatal y lo explotan por los medios y para los fines más corrompidos; y la nación es impotente frente a estos dos grandes cárteles de políticos, pretendidos servidores suyos, pero que, en realidad, la dominan y la saquean.

Contra esta transformación del Estado y de los órganos del Estado de servidores de la sociedad en señores de ella, transformación inevitable en todos los Estados anteriores, empleó la Comuna dos remedios infalibles. En primer lugar, cubrió todos los cargos administrativos, judiciales y de enseñanza por elección, mediante sufragio universal, concediendo a los electores el derecho a revocar en todo momento a sus elegidos. En segundo lugar, todos los funcionarios, altos y bajos, estaban retribuidos como los demás trabajadores. El sueldo máximo abonado por la Comuna era de 6 000 francos. Con este sistema se ponía una barrera eficaz al arribismo y la caza de cargos, y esto sin

contar con los mandatos imperativos que, por añadidura, introdujo la Comuna para los diputados a los cuerpos representativos.

En el capítulo tercero de *La guerra civil* se describe con todo detalle esta labor encaminada a hacer saltar el viejo poder estatal y sustituirlo por otro nuevo y realmente democrático.³³ Sin embargo, era necesario detenerse a examinar aquí brevemente algunos de los rasgos de esta sustitución por ser precisamente en Alemania donde la fe supersticiosa en el Estado se ha trasplantado del campo filosófico a la conciencia general de la burguesía e incluso a la de muchos obreros. Según la concepción filosófica, el Estado es la “realización de la idea”, o sea, traducido al lenguaje filosófico, el reino de Dios en la tierra, el campo en que se hacen o deben hacerse realidad la eterna verdad y la eterna justicia. De aquí nace una veneración supersticiosa del Estado y de todo lo que con él se relaciona, veneración supersticiosa que va arraigando en las conciencias con tanta mayor facilidad cuanto que la gente se acostumbra ya desde la infancia a pensar que los asuntos e intereses comunes a toda la sociedad no pueden gestionarse ni salvaguardarse de otro modo que como se ha venido haciendo hasta aquí, es decir, por medio del Estado y de sus funcionarios bien retribuidos. Y se cree haber dado un paso enormemente audaz con librarse de la fe en la monarquía hereditaria y entusiasmarse por la república democrática. En realidad, el Estado no es más que una máquina para la opresión de una clase por otra, lo mismo en la república democrática que bajo la monarquía; y en el mejor de los casos, es un mal que se transmite hereditariamente al proletariado triunfante en su lucha por la dominación de clase. El proletariado victorioso, lo mismo que hizo la Comuna, no podrá por menos de amputar inmediatamente los lados peores de este mal, entretanto que una generación futura, educada en condiciones sociales nuevas y libres, pueda deshacerse de todo este trasto viejo del Estado.

³³ El capítulo III de *La guerra civil en Francia* se publica en la presente edición electrónica.

Últimamente, las palabras *Dictadura del Proletariado* han vuelto a sumir en santo horror al filisteo socialdemócrata. Pues bien, caballeros, ¿queréis saber qué faz presenta esta dictadura? Mirad a la Comuna de París: ¡he ahí la Dictadura del Proletariado!

Londres, en el vigésimo aniversario de la Comuna de París,
18 de marzo de 1891.

LA GUERRA CIVIL EN FRANCIA

MANIFIESTO DEL CONSEJO GENERAL DE LA ASOCIACIÓN INTERNACIONAL DE LOS TRABAJADORES A TODOS LOS MIEMBROS DE LA ASOCIACIÓN EN EUROPA Y LOS ESTADOS UNIDOS³⁴

Carlos Marx

Capítulo III

Al alborear el 18 de marzo de 1871, París se despertó entre un clamor de gritos de “*¡Vive la Commune!*” ¿Qué es la Comuna, esa esfinge que tanto atormenta los espíritus burgueses? “Los proletarios de París” —decía el Comité Central en su manifiesto del 18 de marzo—, “en medio de los fracasos y las traiciones de las clases dominantes, se han dado cuenta de que ha llegado la hora de salvar la situación tomando en sus manos la dirección de los asuntos públicos [...] Han comprendido que es su deber imperioso y su derecho indiscutible hacerse dueños de sus propios destinos, tomando el poder”.

Pero la clase obrera no puede limitarse simplemente a tomar posesión de la máquina del Estado tal y como está y servirse de ella para sus propios fines. El poder estatal centralizado, con sus órganos omnipotentes: el ejército permanente, la policía, la burocracia, el clero y la magistratura —órganos creados con arreglo a un plan de división sistemática y jerárquica del trabajo—, procede de los tiempos de la monarquía absoluta y sirvió a la naciente sociedad burguesa como un arma poderosa en sus luchas contra el feudalismo. Sin embargo, su desarrollo se veía entorpecido por toda la basura medieval: derechos señoriales, privilegios locales, monopolios municipales y gremiales, códigos provinciales. La escoba gigantesca de la revolución francesa del siglo XVIII barrió todas estas reliquias de tiempos pasados, limpiando así, al mismo tiempo, el suelo de la sociedad de los últimos obstáculos que se alzaban ante la superestructura del edificio del Estado moderno,

³⁴ Carlos Marx, *La guerra civil en Francia*, Marx-Engels, Obras escogidas, tomo II, Moscú, Editorial Progreso, 1980, pp. 117-141, capítulo III, pp. 127-134.

erigido bajo el Primer Imperio, que, a su vez, era el fruto de las guerras de coalición de la vieja Europa semifeudal contra la moderna Francia. Durante los regímenes siguientes, el gobierno, colocado bajo el control del parlamento —es decir, bajo el control directo de las clases poseedoras—, no sólo se convirtió en un vivero de enormes deudas nacionales y de impuestos agobiadores, sino que, con la seducción irresistible de sus cargos, momios y empleos, acabó siendo la manzana de la discordia entre las fracciones rivales y los aventureros de las clases dominantes; por otra parte, su carácter político cambiaba simultáneamente con los cambios económicos operados en la sociedad. Al paso que los progresos de la moderna industria desarrollaban, ensanchaban y profundizaban el antagonismo de clase entre el capital y el trabajo, el poder del Estado fue adquiriendo cada vez más el carácter de poder nacional del capital sobre el trabajo, de fuerza pública organizada para la esclavización social, de máquina del despotismo de clase. Después de cada revolución, que marca un paso adelante en la lucha de clases, se acusa con rasgos cada vez más destacados el carácter puramente represivo del poder del Estado. La revolución de 1830, al traducirse en el paso del gobierno de manos de los terratenientes a manos de los capitalistas, lo que hizo fue transferirlo de los enemigos más remotos a los enemigos más directos de la clase obrera. Los republicanos burgueses, que se adueñaron del poder del Estado en nombre de la Revolución de Febrero, lo usaron para las matanzas de junio, para probar a la clase obrera que la república “social” es la república que asegura su sumisión social y para convencer a la masa monárquica de los burgueses y terratenientes de que pueden dejar sin peligro los cuidados y los gajes del gobierno a los “republicanos” burgueses. Sin embargo, después de su primera y heroica hazaña de junio, los republicanos burgueses tuvieron que pasar de la cabeza a la cola del partido del orden, coalición formada por todas las fracciones y facciones rivales de la clase apropiadora, en su antagonismo, ahora franco y manifiesto, contra las clases productoras. La forma más adecuada para este gobierno conjunto era la *república parlamentaria*, con Luis Bonaparte por presidente. Fue éste un régimen de franco terrorismo de clase y de insulto deliberado contra la *vile multitude*. Si la república parlamentaria, como decía el señor Thiers, era “la que menos les dividía” (a las diversas fracciones de la clase dominante), en cambio

abría un abismo entre esta clase y el conjunto de la sociedad situado fuera de sus escasas filas. Su unión venía a eliminar las restricciones que sus discordias imponían al poder del Estado bajo regímenes anteriores, y, ante la amenaza de un alzamiento del proletariado, se sirvieron del poder del Estado, sin piedad y con ostentación, como de una máquina nacional de guerra del capital contra el trabajo. Pero esta cruzada ininterrumpida contra las masas productoras les obligaba, no sólo a revestir al poder ejecutivo de facultades de represión cada vez mayores, sino, al mismo tiempo, a despojar a su propio baluarte parlamentario — la Asamblea Nacional—, uno por uno, de todos sus medios de defensa contra el poder ejecutivo. Hasta que éste, en la persona de Luis Bonaparte, les dio un puntapié. El fruto natural de la república del partido del orden fue el Segundo Imperio.

El Imperio, con el *coup d'état* por fe de bautismo, el sufragio universal por sanción y la espada por cetro, declaraba apoyarse en los campesinos, amplia masa de productores no envuelta directamente en la lucha entre el capital y el trabajo. Decía que salvaba a la clase obrera destruyendo el parlamentarismo y, con él, la descarada sumisión del Gobierno a las clases poseedoras. Decía que salvaba a las clases poseedoras manteniendo en pie su supremacía económica sobre la clase obrera; y finalmente, pretendía unir a todas las clases, al resucitar para todos la quimera de la gloria nacional. En realidad, era la única forma de gobierno posible, en un momento en que la burguesía había perdido ya la facultad de gobernar el país y la clase obrera no la había adquirido aún. El Imperio fue aclamado de un extremo a otro del mundo como el salvador de la sociedad. Bajo su égida, la sociedad burguesa, libre de preocupaciones políticas, alcanzó un desarrollo que ni ella misma esperaba. Su industria y su comercio cobraron proporciones gigantescas; la especulación financiera celebró orgías cosmopolitas; la miseria de las masas se destacaba sobre la ostentación desvergonzada de un lujo suntuoso, falso y envilecido. El poder del Estado, que aparentemente flotaba por encima de la sociedad, era, en realidad, el mayor escándalo de ella y el auténtico vivero de todas sus corrupciones. Su podredumbre y la podredumbre de la sociedad a la que había sacado a flote, fueron puestas al desnudo por la bayoneta de Prusia, que ardía a su vez en deseos de trasladar la sede suprema de este régimen de París a Berlín. El imperialismo es la forma más prostituida y al mismo tiempo

la forma última de aquel poder estatal que la sociedad burguesa naciente había comenzado a crear como medio para emanciparse del feudalismo y que la sociedad burguesa adulta acabó transformando en un medio para la esclavización del trabajo por el capital.

La antítesis de la Revolución de Febrero fue anunciada por el proletariado de París, no expresaba más que el vago anhelo de una república que no acabase sólo con la forma monárquica de la dominación de clase, sino con la propia dominación de clase. La Comuna era la forma positiva de esta república.

París, sede central del viejo poder gubernamental y, al mismo tiempo, baluarte social de la clase obrera de Francia, se había levantado en armas contra el intento de Thiers y los “rurales” de restaurar y perpetuar aquel viejo poder que les había sido legado por el Imperio. Y si París pudo resistir fue únicamente porque, a consecuencia del asedio, se había deshecho del ejército, sustituyéndolo por una Guardia Nacional, cuyo principal contingente lo formaban los obreros. Ahora se trataba de convertir este hecho en una institución duradera. Por eso, el primer decreto de la Comuna fue para suprimir el ejército permanente y sustituirlo por el pueblo armado.

La Comuna estaba formada por los consejeros municipales elegidos por sufragio universal en los diversos distritos de la ciudad. Eran responsables y revocables en todo momento. La mayoría de sus miembros eran, naturalmente, obreros o representantes reconocidos de la clase obrera. La Comuna no había de ser un organismo parlamentario, sino una corporación de trabajo, ejecutiva y legislativa al mismo tiempo. En vez de continuar siendo un instrumento del gobierno central, la policía fue despojada inmediatamente de sus atributos políticos y convertida en instrumento de la Comuna, responsable ante ella y revocable en todo momento. Lo mismo se hizo con los funcionarios de las demás ramas de la administración. Desde los miembros de la Comuna para abajo, todos los que desempeñaban cargos públicos debían desempeñarlos con *salarios de obreros*. Los intereses creados y los gastos de representación de los altos dignatarios del Estado desaparecieron con los altos dignatarios mismos. Los cargos públicos dejaron de ser propiedad derivada de los testaferros del gobierno central. En manos de la Comuna se pusieron no solamente la

administración municipal, sino toda la iniciativa llevada hasta entonces por el Estado.

Una vez suprimidos el ejército permanente y la policía, que eran los elementos de la fuerza física del antiguo gobierno, la Comuna tomó medidas inmediatamente para destruir la fuerza espiritual de represión, el «poder de los curas», decretando la separación de la Iglesia del Estado y la expropiación de todas las iglesias como corporaciones poseedoras. Los curas fueron devueltos al retiro de la vida privada, a vivir de las limosnas de los fieles, como sus antecesores, los apóstoles. Todas las instituciones de enseñanza fueron abiertas gratuitamente al pueblo y al mismo tiempo emancipadas de toda intromisión de la Iglesia y del Estado. Así, no sólo se ponía la enseñanza al alcance de todos, sino que la propia ciencia se redimía de las trabas a que la tenían sujeta los prejuicios de clase y el poder del gobierno.

Los funcionarios judiciales debían perder aquella fingida independencia que sólo había servido para disfrazar su abyecta sumisión a los sucesivos gobiernos, ante los cuales iban prestando y violando, sucesivamente, el juramento de fidelidad. Igual que los demás funcionarios públicos, los magistrados y los jueces habían de ser funcionarios electivos, responsables y revocables.

Como es lógico, la Comuna de París había de servir de modelo a todos los grandes centros industriales de Francia. Una vez establecido en París y en los centros secundarios el régimen de la Comuna, el antiguo Gobierno centralizado tendría que dejar paso también en provincias al gobierno de los productores por los productores. En el breve esbozo de organización nacional que la Comuna no tuvo tiempo de desarrollar, se dice claramente que la Comuna habría de ser la forma política que revistiese hasta la aldea más pequeña del país y que en los distritos rurales el ejército permanente habría de ser remplazado por una milicia popular, con un plazo de servicio extraordinariamente corto. Las comunas rurales de cada distrito administrarían sus asuntos colectivos por medio de una asamblea de delegados en la capital del distrito correspondiente y estas asambleas, a su vez, enviarían diputados a la Asamblea Nacional de delegados de París, entendiéndose que todos los delegados serían revocables en todo momento y se hallarían obligados por el mandato imperativo (instrucciones) de sus electores. Las pocas, pero importantes funciones que aún quedarían

para un Gobierno central no se suprimirían, como se ha dicho, falseando de intento la verdad, sino que serían desempeñadas por agentes comunales y, por tanto, estrictamente responsables. No se trataba de destruir la unidad de la nación, sino por el contrario, de organizarla mediante un régimen comunal, convirtiéndola en una realidad al destruir el poder del Estado, que pretendía ser la encarnación de aquella unidad, independiente y situado por encima de la nación misma, en cuyo cuerpo no era más que una excrecencia parasitaria. Mientras que los órganos puramente represivos del viejo poder estatal habían de ser amputados, sus funciones legítimas habían de ser arrancadas a una autoridad que usurpaba una posición preeminente sobre la sociedad misma, para restituirla a los servidores responsables de esta sociedad. En vez de decidir una vez cada tres o seis años qué miembros de la clase dominante han de representar y aplastar al pueblo en el Parlamento, el sufragio universal habría de servir al pueblo organizado en comunas, como el sufragio individual sirve a los patronos que buscan obreros y administradores para sus negocios. Y es bien sabido que lo mismo las compañías que los particulares, cuando se trata de negocios saben generalmente colocar a cada hombre en el puesto que le corresponde y, si alguna vez se equivocan, reparan su error con presteza. Por otra parte, nada podía ser más ajeno al espíritu de la Comuna que sustituir el sufragio universal por una investidura jerárquica.³⁵

Generalmente, las creaciones históricas completamente nuevas están destinadas a que se las tome por una reproducción de formas viejas e incluso difuntas de la vida social, con las cuales pueden presentar cierta semejanza. Así, esta nueva Comuna, que viene a destruir el poder estatal moderno, se ha confundido con una reproducción de las comunas medievales, que primero precedieron a ese mismo Estado y luego le sirvieron de base. El régimen de la Comuna se ha tomado erróneamente por un intento de fraccionar en una federación de pequeños Estados, como la soñaban Montesquieu y los girondinos,³⁶ esa unidad de las grandes naciones que, si bien en sus

³⁵ *Investidura*, sistema de nombramiento de cargos, que se distingue por la completa dependencia de quienes se encuentran en un peldaño inferior de la escala jerárquica respecto de los superiores.

³⁶ Los *girondinos* formaban en el período de la revolución burguesa francesa de fines del siglo XVIII el partido de la gran burguesía (debían su nombre al departamento

orígenes fue instaurada por la violencia, hoy se ha convertido en un factor poderoso de la producción social. El antagonismo entre la Comuna y el poder del Estado se ha presentado equivocadamente como una forma exagerada de la vieja lucha contra el excesivo centralismo.

Circunstancias históricas peculiares pueden en otros países haber impedido el desarrollo clásico de la forma burguesa de gobierno al modo francés y haber permitido, como en Inglaterra, completar en la ciudad los grandes órganos centrales del Estado con asambleas parroquiales (*vestries*) corrompidas, concejales concusionarios y feroces administradores de la beneficencia, y, en el campo, con jueces virtualmente hereditarios. El régimen de la Comuna habría devuelto al organismo social todas las fuerzas que hasta entonces venía absorbiendo el Estado parásito, que se nutre a expensas de la sociedad y entorpece su libre movimiento. Con este sólo hecho habría iniciado la regeneración de Francia. La burguesía provinciana de Francia veía en la Comuna un intento para restaurar el predominio que ella había ejercido sobre el campo bajo Luis Felipe y que, bajo Luis Napoleón, había sido suplantado por el supuesto predominio del campo sobre la ciudad. En realidad, el régimen de la Comuna colocaba a los productores del campo bajo la dirección ideológica de las capitales de sus distritos, ofreciéndoles aquí, en los obreros de la ciudad, los representantes naturales de sus intereses. La sola existencia de la Comuna implicaba, como algo evidente, un régimen de autonomía local, pero ya no como contrapeso a un poder estatal que ahora era superfluo. Sólo en la cabeza de un Bismarck, que, cuando no está metido en sus intrigas de sangre y hierro, gusta de volver a su antigua ocupación, que tan bien cuadra a su calibre mental, de colaborador del *Kladderadatsch* (el *Punch* de Berlín),³⁷ sólo en una cabeza como ésta podía caber el achacar a la Comuna de París la aspiración de reproducir aquella caricatura de la organización

de la Gironda), que, so pretexto de defensa del derecho de los departamentos a la autonomía y la federación, se oponía al gobierno jacobino y a las masas revolucionarias que lo apoyaban.

³⁷ *Kladderadatsch*, revista satírica ilustrada semanal, se publicó en Berlín desde 1848. *Punch, or the London Charivari* (El Títere, o la cercenada de Londres), revista semanal satírica inglesa de orientación liberal-burguesa, se publicaba en Londres desde 1841.

municipal francesa de 1791 que es la organización municipal de Prusia, donde la administración de las ciudades queda rebajada al papel de simple engranaje secundario de la maquinaria policíaca del Estado prusiano. La Comuna convirtió en una realidad ese tópico de todas las revoluciones burguesas, que es «un Gobierno barato», al destruir las dos grandes fuentes de gastos: el ejército permanente y la burocracia del Estado. Su sola existencia presuponía la no existencia de la monarquía que, en Europa al menos, es el lastre normal y el disfraz indispensable de la dominación de clase. La Comuna dotó a la república de una base de instituciones realmente democráticas. Pero, ni el gobierno barato, ni la «verdadera república» constituían su meta final; no eran más que fenómenos concomitantes.

La variedad de interpretaciones a que ha sido sometida la Comuna y la variedad de intereses que la han interpretado a su favor, demuestran que era una forma política perfectamente flexible, a diferencia de las formas anteriores de gobierno, que habían sido todas fundamentalmente represivas. He aquí su verdadero secreto: la Comuna era, esencialmente, un gobierno de la clase obrera, fruto de la lucha de la clase productora contra la clase apropiadora, la forma política al fin descubierta para llevar a cabo dentro de ella la emancipación económica del trabajo.

Sin esta última condición, el régimen de la Comuna habría sido una imposibilidad y una impostura. La dominación política de los productores es incompatible con la perpetuación de su esclavitud social. Por tanto, la Comuna había de servir de palanca para extirpar los cimientos económicos sobre los que descansa la existencia de las clases y, por consiguiente, la dominación de clase. Emancipado el trabajo, todo hombre se convierte en trabajador, y el trabajo productivo deja de ser un atributo de clase.

Es un hecho extraño. A pesar de todo lo que se ha hablado y se ha escrito con tanta profusión, durante los últimos sesenta años, acerca de la emancipación del trabajo, apenas en algún sitio los obreros toman resueltamente la cosa en sus manos, vuelve a resonar de pronto toda la fraseología apologética de los portavoces de la sociedad actual, con sus dos polos de capital y esclavitud asalariada (hoy, el terrateniente no es más que el socio comanditario del capitalista), como si la sociedad capitalista se hallase todavía en su estado más puro de inocencia

virginal, con sus antagonismos todavía en germen, con sus engaños todavía encubiertos, con sus prostituidas realidades todavía sin desnudar. ¡La Comuna, exclaman, pretende abolir la propiedad, base de toda civilización! Sí, caballeros, la Comuna pretendía abolir esa propiedad de clase que convierte el trabajo de muchos en la riqueza de unos pocos. La Comuna aspiraba a la expropiación de los expropiadores. Quería convertir la propiedad individual en una realidad, transformando los medios de producción, la tierra y el capital, que hoy son fundamentalmente medios de esclavización y de explotación del trabajo, en simples instrumentos de trabajo libre y asociado. ¡Pero eso es el comunismo, el “irrealizable” comunismo! Sin embargo, los individuos de las clases dominantes que son lo bastante inteligentes para darse cuenta de la imposibilidad de que el actual sistema continúe —y no son pocos— se han erigido en los apóstoles molestos y chillones de la producción cooperativa. Ahora bien, si la producción cooperativa ha de ser algo más que una impostura y un engaño; si ha de substituir al sistema capitalista; si las sociedades cooperativas unidas han de regular la producción nacional con arreglo a un plan común, tomándola bajo su control y poniendo fin a la constante anarquía y a las convulsiones periódicas, consecuencias inevitables de la producción capitalista, ¿qué será eso entonces, caballeros, más que comunismo, comunismo “realizable”?

La clase obrera no esperaba de la Comuna ningún milagro. Los obreros no tienen ninguna utopía lista para implantarla *par décret du peuple*. Saben que para conseguir su propia emancipación, y con ella esa forma superior de vida hacia la que tiende irresistiblemente la sociedad actual por su propio desarrollo económico, tendrán que pasar por largas luchas, por toda una serie de procesos históricos, que transformarán las circunstancias y los hombres. Ellos no tienen que realizar ningunos ideales, sino simplemente dar suelta a los elementos de la nueva sociedad que la vieja sociedad burguesa agonizante lleva en su seno. Plenamente consciente de su misión histórica y heroicamente resuelta a obrar con arreglo a ella, la clase obrera puede mofarse de las burdas invectivas de los lacayos de la pluma y de la protección pedantesca de los doctrinarios burgueses bien intencionados, que vierten sus ignorantes vulgaridades y sus fantasías sectarias con un tono sibilino de infalibilidad científica.

Cuando la Comuna de París tomó en sus propias manos la dirección de la revolución; cuando, por primera vez en la historia, los simples obreros se atrevieron a violar el monopolio de gobierno de sus «superiores naturales», y, en circunstancias de una dificultad sin precedente, realizaron su labor de un modo modesto, concienzudo y eficaz, con sueldos el más alto de los cuales apenas representaba una quinta parte de la suma que según una alta autoridad científica es el sueldo mínimo del secretario de un consejo escolar de Londres, el viejo mundo se retorció en convulsiones de rabia ante el espectáculo de la Bandera Roja, símbolo de la República del Trabajo, ondeando sobre el Hôtel de Ville [la sede municipal].

Y, sin embargo, era ésta la primera revolución en que la clase obrera fue abiertamente reconocida como la única clase capaz de iniciativa social incluso por la gran masa de la clase media parisina — tenderos, artesanos, comerciantes—, con la sola excepción de los capitalistas ricos. La Comuna los salvó, mediante una sagaz solución de la constante fuente de discordias dentro de la misma clase media: el conflicto entre acreedores y deudores.³⁸ Estos mismos elementos de la clase media, después de haber colaborado en el aplastamiento de la insurrección obrera de junio de 1848, habían sido sacrificados sin miramiento a sus acreedores por la Asamblea Constituyente de entonces.³⁹ Pero no fue éste el único motivo que les llevó a apretar sus filas en torno a la clase obrera. Sentían que había que escoger entre la Comuna y el Imperio, cualquiera que fuese el rótulo bajo el que éste resucitase. El Imperio los había arruinado económicamente con su dilapidación de la riqueza pública, con las grandes estafas financieras que fomentó y con el apoyo prestado a la centralización artificialmente acelerada del capital, que suponía la expropiación de muchos de sus componentes. Los había suprimido políticamente, y los había irritado moralmente con sus orgías; había herido su volterianismo al confiar la

³⁸ Se alude al decreto de la Comuna de París del 16 de abril de 1871 prorrogando por tres años los pagos de las deudas y aboliendo el pago de interés por ellas.

³⁹ Marx se refiere al acuerdo del 22 de agosto de 1848 de la Asamblea Constituyente de rechazar el proyecto de ley de “acuerdos amistosos”, en el que se preveía el aplazamiento de los pagos de las deudas. Como consecuencia de ello, una parte considerable de la pequeña burguesía se arruinó completamente y se vio en manos de los acreedores, es decir, de la gran burguesía.

educación de sus hijos a los *frères ignorantins*,⁴⁰ y había sublevado su sentimiento nacional de franceses al lanzarlos precipitadamente a una guerra que sólo ofreció una compensación para todos los desastres que había causado: la caída del Imperio. En efecto, tan pronto huyó de París la alta *bohème* bonapartista y capitalista, el auténtico partido del orden de la clase media surgió bajo la forma de Unión Republicana,⁴¹ se colocó bajo la bandera de la Comuna y se puso a defenderla contra las desfiguraciones malévolas de Thiers. El tiempo dirá si la gratitud de esta gran masa de la clase media va a resistir las duras pruebas de estos momentos.

La Comuna tenía toda la razón, cuando decía a los campesinos: “nuestro triunfo es vuestra única esperanza”. De todas las mentiras incubadas en Versalles y difundidas por los ilustres mercenarios de la prensa europea, una de las más tremendas era la de que los “rurales” representaban al campesinado francés. ¡Figuraos el amor que sentirían los campesinos de Francia por los hombres a quienes después de 1815 se les obligó a pagar mil millones de indemnización!⁴² A los ojos del campesino francés, la sola existencia de grandes terratenientes es ya una usurpación de sus conquistas de 1789. En 1848, la burguesía gravó su parcela de tierra con el impuesto adicional de 45 céntimos por franco, pero entonces lo hizo en nombre de la revolución, en cambio, ahora, fomentaba una guerra civil en contra de la revolución, para echar sobre las espaldas de los campesinos la carga principal de los cinco mil millones de indemnización que había que pagar a los prusianos. En cambio, la Comuna declaraba en una de sus primeras proclamas que las costas de la guerra habían de ser pagadas por los verdaderos causantes

⁴⁰ Los *Frères ignorantins* (frailes ignorantes), nombre despectivo de una orden religiosa surgida en 1680, en Reims, se comprometían a dedicarse a la enseñanza de los niños pobres. En las escuelas de la orden se daba, principalmente, una educación religiosa, siendo muy escasa la enseñanza de otras ramas del saber.

⁴¹ La *Unión Republicana de los Departamentos*, organización política integrada por elementos de la pequeña burguesía oriundos de las distintas regiones de Francia y domiciliados en París, llamaba a la lucha contra el Gobierno de Versalles y la Asamblea Nacional monárquica y predicaba el apoyo a la Comuna de París en todos los departamentos.

⁴² Marx se refiere a la ley del 27 de abril de 1825 acerca del pago de indemnización a los antiguos emigrados por las fincas que habían sido confiscadas durante la revolución burguesa francesa.

de ella. La Comuna habría redimido al campesino de la contribución de sangre, le habría dado un Gobierno barato, habría convertido a los que hoy son sus vampiros —el notario, el abogado, el agente ejecutivo y otros dignatarios judiciales que le chupan la sangre— en empleados comunales asalariados, elegidos por él y responsables ante él mismo. Le habría librado de la tiranía del guarda jurado, del gendarme y del prefecto; la ilustración por el maestro de escuela hubiera ocupado el lugar del embrutecimiento por el cura. Y el campesino francés es, ante todo y sobre todo, un hombre calculador. Le habría parecido extremadamente razonable que la paga del cura, en vez de serle arrancada a él por el recaudador de contribuciones, dependiese exclusivamente de los sentimientos religiosos de los feligreses. Tales eran los grandes beneficios que el régimen de la Comuna —y sólo él— brindaba como cosa inmediata a los campesinos franceses. Huelga, por tanto, detenerse a examinar los problemas más complicados, pero vitales, que sólo la Comuna era capaz de resolver —y que al mismo tiempo estaba obligada a resolver—, en favor de los campesinos, a saber: la deuda hipotecaria, que pesaba como una maldición sobre su parcela; el proletariado del campo, que crecía constantemente, y el proceso de su expropiación de la parcela que cultivaba, proceso cada vez más acelerado en virtud del desarrollo de la agricultura moderna y la competencia de la producción agrícola capitalista.

El campesino francés eligió a Luis Bonaparte presidente de la república, pero fue el partido del orden el que creó el Imperio. Lo que el campesino francés quería realmente, comenzó a demostrarlo él mismo en 1849 y 1850, al oponer su alcalde al prefecto del Gobierno, su maestro de escuela al cura del Gobierno y su propia persona al gendarme del Gobierno. Todas las leyes promulgadas por el partido del orden en enero y febrero de 1850 fueron medidas descaradas de represión contra el campesino. El campesino era bonapartista porque la gran revolución, con todos los beneficios que le había conquistado, se personificaba para él en Napoleón. Pero esta quimera, que se iba esfumando rápidamente bajo el Segundo Imperio (y que era, por naturaleza, contraria a los “rurales”), este prejuicio del pasado, ¿cómo hubiera podido hacer frente a la apelación de la Comuna a los intereses vitales y las necesidades más apremiantes de los campesinos?

Los “rurales” —tal era, en realidad, su principal preocupación— sabían que tres meses de libre contacto del París de la Comuna con las provincias bastarían para desencadenar una sublevación general de campesinos; de aquí su prisa por establecer el bloqueo policíaco de París para impedir que la epidemia se propagase.

La Comuna era, pues, la verdadera representación de todos los elementos sanos de la sociedad francesa, y, por consiguiente, el auténtico gobierno nacional. Pero, al mismo tiempo, como gobierno obrero y como campeón intrépido de la emancipación del trabajo, era un gobierno internacional en el pleno sentido de la palabra. Ante los ojos del ejército prusiano, que había anexionado a Alemania dos provincias francesas, la Comuna anexionó a Francia los obreros del mundo entero.

El Segundo Imperio había sido el jubileo de la estafa cosmopolita; los estafadores de todos los países habían acudido corriendo a su llamada para participar en sus orgías y en el saqueo del pueblo francés. Y todavía hoy la mano derecha de Thiers es Ganesco, el granuja valaco, y su mano izquierda Markovski, el espía ruso. La Comuna concedió a todos los extranjeros el honor de morir por una causa inmortal. Entre la guerra exterior, perdida por su traición, y la guerra civil, fomentada por su conspiración con el invasor extranjero, la burguesía encontraba tiempo para dar pruebas de patriotismo, organizando batidas policíacas contra los alemanes residentes en Francia. La Comuna nombró a un obrero alemán su ministro del Trabajo. Thiers, la burguesía, el Segundo Imperio, habían engañado constantemente a Polonia con ostentosas manifestaciones de simpatía, mientras en realidad la traicionaban a los intereses de Rusia, a la que prestaban los más sucios servicios. La Comuna honró a los heroicos hijos de Polonia, colocándolos a la cabeza de los defensores de París. Y, para marcar nítidamente la nueva era histórica que conscientemente inauguraba, la Comuna, ante los ojos de los conquistadores prusianos de una parte, y del ejército bonapartista mandado por generales bonapartistas, de otra, echó abajo aquel símbolo gigantesco de la gloria guerrera que era la Columna de Vendôme.⁴³

⁴³ La *Columna de Vendôme* fue levantada en París, en los años de 1806-1810, para conmemorar las victorias de la Francia napoleónica. Hecha del bronce de los cañones capturados al enemigo, estaba coronada por una estatua de Napoleón. El 16 de mayo de 1871, por decreto de la Comuna de París, la columna fue derribada. El obrero

La gran medida social de la Comuna fue su propia existencia, su labor. Sus medidas concretas no podían menos de expresar la línea de conducta de un gobierno del pueblo por el pueblo. Entre ellas se cuentan la abolición del trabajo nocturno para los obreros panaderos, y la prohibición, bajo penas, de la práctica corriente entre los patronos de mermar los salarios imponiendo a sus obreros multas bajo los más diversos pretextos, proceso éste en el que el patrono se adjudica las funciones de legislador, juez y agente ejecutivo, y, además, se embolsa el dinero. Otra medida de este género fue la entrega a las asociaciones obreras, a reserva de indemnización, de todos los talleres y fábricas cerrados, lo mismo si sus respectivos patronos habían huido que si habían optado por parar el trabajo.

Las medidas financieras de la Comuna, notables por su sagacidad y moderación, hubieron de limitarse necesariamente a lo que era compatible con la situación de una ciudad sitiada. Teniendo en cuenta el latrocinio gigantesco desencadenado sobre la ciudad de París por las grandes empresas financieras y los contratistas de obras bajo la tutela de Haussmann,⁴⁴ la Comuna habría tenido títulos incomparablemente mejores para confiscar sus bienes que Luis Napoleón para confiscar los de la familia de Orleáns. Los Hohenzollern y los oligarcas ingleses, una buena parte de cuyos bienes provenían del saqueo de la Iglesia, pusieron naturalmente el grito en el cielo cuando la Comuna sacó de la secularización nada más que 8 000 francos.

Mientras el Gobierno de Versalles, apenas recobró un poco de ánimo y de fuerzas, empleaba contra la Comuna las medidas más violentas; mientras ahogaba la libre expresión del pensamiento por toda Francia, hasta el punto de prohibir las asambleas de delegados de las grandes ciudades; mientras sometía a Versalles y al resto de Francia a un espionaje que dejaba en mantillas al del Segundo Imperio; mientras

alemán nombrado ministro era Leo Frankel, y los heroicos polacos eran J. Drombrowski y W. Wróblewski (nota de la Editorial Bandera Roja).

⁴⁴ El barón de Haussmann fue, durante el Segundo Imperio, prefecto del departamento del Sena, es decir, de la ciudad de París. Realizó una serie de obras para modificar el plano de París, con el fin de facilitar la lucha contra las insurrecciones de los obreros (nota para la traducción rusa de 1905 publicada bajo la dirección editorial de Lenin).

quemaba, por medio de sus inquisidores-gendarmes, todos los periódicos publicados en París y violaba toda la correspondencia que procedía de la capital o iba dirigida a ella; mientras en la Asamblea Nacional, los más tímidos intentos de aventurar una palabra en favor de París eran ahogados con unos aullidos a los que no había llegado ni la *chambre introuvable* de 1816; con la guerra salvaje de los versalleses fuera de París y sus tentativas de corrupción y conspiración dentro, ¿podía la Comuna, sin traicionar ignominiosamente su causa, guardar todas las formas y las apariencias de liberalismo, como si gobernase en tiempos de serena paz? Si el Gobierno de la Comuna se hubiera parecido al de Thiers, no habría habido más base para suprimir en París los periódicos del partido del orden que para suprimir en Versalles los periódicos de la Comuna.

Era verdaderamente indignante para los “rurales” que, en el mismo momento en que ellos preconizaban como único medio de salvar a Francia la vuelta al seno de la Iglesia, la incrédula Comuna descubriera los misterios del convento de monjas de Picpus y de la iglesia de Saint-Laurent.⁴⁵ Y era una burla para el señor Thiers que, mientras él hacía llover grandes cruces sobre los generales bonapartistas, para premiar su maestría en el arte de perder batallas, firmar capitulaciones y liar cigarrillos en Wilhelmshöhe,⁴⁶ la Comuna destituyera y arrestara a sus generales a la menor sospecha de negligencia en el cumplimiento del deber. La expulsión de su seno y la detención por la Comuna de uno de sus miembros [Blanchet], que se había deslizado en ella bajo nombre supuesto y que en Lyon había sufrido un arresto de seis días por simple quiebra, ¿no era un deliberado insulto para el falsificador Julio Favre, todavía a la sazón ministro de Negocios Extranjeros de Francia, y que seguía vendiendo su país a Bismarck y dictando órdenes a aquel incomparable Gobierno de Bélgica? La verdad es que la Comuna no

⁴⁵ En el convento de monjas de Picpus fueron descubiertos casos de reclusión de monjas en celdas durante largos años; se hallaron igualmente instrumentos de tortura; en la iglesia de Saint-Laurent se descubrió un cementerio clandestino, prueba de asesinatos perpetrados. La Comuna hizo públicos estos hechos en el periódico *Mot d'Ordre (La Consigna)* el 5 de mayo de 1871, así como en el folleto *Les Crimes des congrégations religieuses (Los crímenes de las congregaciones religiosas)*.

⁴⁶ La principal ocupación de los prisioneros franceses en Wilhelmshöhe era hacer cigarrillos para consumo propio.

pretendía tener el don de la infalibilidad, que se atribuían sin excepción todos los gobiernos a la vieja usanza. Publicaba sus hechos y sus dichos y daba a conocer al público todas sus faltas.

En todas las revoluciones, al lado de los verdaderos revolucionarios, figuran hombres de otra naturaleza. Algunos de ellos, supervivientes de revoluciones pasadas, que conservan su devoción por ellas, sin visión del movimiento actual, pero dueños todavía de su influencia sobre el pueblo, por su reconocida honradez y valentía, o simplemente por la fuerza de la tradición; otros, simples charlatanes que, a fuerza de repetir año tras año las mismas declamaciones estereotipadas contra el gobierno del día, se han agenciado de contrabando una reputación de revolucionarios de pura cepa. Después del 18 de marzo salieron también a la superficie hombres de éstos, y en algunos casos lograron desempeñar papeles preeminentes. En la medida en que su poder se lo permitía, entorpecieron la verdadera acción de la clase obrera, lo mismo que otros de su especie entorpecieron el desarrollo completo de todas las revoluciones anteriores. Constituyen un mal inevitable; con el tiempo se les quita de en medio; pero a la Comuna no le fue dado disponer de tiempo.

Maravilloso en verdad fue el cambio operado por la Comuna de París. De aquel París prostituido del Segundo Imperio no quedaba ni rastro. París ya no era el lugar de cita de terratenientes ingleses, absentistas irlandeses,⁴⁷ antes esclavistas y rastacueros norteamericanos, o expropietarios rusos de siervos y boyardos de Valaquia. Ya no había cadáveres en el depósito, ni asaltos nocturnos, ni apenas hurtos; por primera vez desde los días de febrero de 1848, se podía transitar seguro por las calles de París, y eso que no había policía de ninguna clase. «Ya no se oye hablar» —decía un miembro de la Comuna— “de asesinatos, robos y atracos; diríase que la policía se ha llevado consigo a Versalles a todos sus amigos conservadores”.

Las cocotas habían encontrado el rastro de sus protectores, fugitivos hombres de la familia, de la religión y, sobre todo, de la propiedad. En su lugar, volvían a salir a la superficie las auténticas

⁴⁷ Los *absentistas* (de la palabra *absent*, ausente), grandes propietarios de tierras que no solían vivir en sus fincas, empleaban administradores rurales para gobernarlas o las entregaban en arriendo a especuladores intermediarios, los cuales, a su vez, las entregaban en subarriendo en condiciones leoninas a pequeños arrendatarios.

mujeres de París, heroicas, nobles y abnegadas como las mujeres de la antigüedad. París trabajaba y pensaba, luchaba y daba su sangre; radiante en el entusiasmo de su iniciativa histórica, dedicado a forjar una sociedad nueva, casi se olvidaba de los caníbales que tenía a las puertas.

Frente a este mundo nuevo de París, se alzaba el mundo viejo de Versalles; aquella asamblea de legitimistas y orleanistas, vampiros de todos los regímenes difuntos, ávidos de nutrirse de los despojos de la nación, con su cola de republicanos antediluvianos, que sancionaban con su presencia en la Asamblea el motín de los esclavistas, confiando el mantenimiento de su república parlamentaria a la vanidad del viejo saltimbanqui que la presidía y caricaturizando la revolución de 1789 con la celebración de sus reuniones de espectros en el Jeu de Paume.⁴⁸ Así era esta Asamblea, representación de todo lo muerto de Francia, sólo mantenida en una apariencia de vida por los sables de los generales de Luis Bonaparte. París, todo verdad, y Versalles, todo mentira, una mentira que salía de los labios de Thiers. “Les doy a ustedes mi palabra, a la que *jamás* he faltado”, dice Thiers a una comisión de alcaldes del departamento de Seine-et-Oise. A la Asamblea Nacional le dice que “es la Asamblea más libremente elegida y más liberal que en Francia ha existido”; dice a su abigarrada soldadesca, que es “la admiración del mundo y el mejor ejército que jamás ha tenido Francia”; dice a las provincias que el bombardeo de París llevado a cabo por él es un mito: “Si se han disparado algunos cañonazos, no ha sido por el ejército de Versalles, sino por algunos insurrectos empeñados en hacernos creer que luchan, cuando en realidad no se atreven a asomar la cara”. Poco después, dice a las provincias que “la artillería de Versalles no bombardea a París, sino que simplemente lo cañonea”. Dice al arzobispo de París que las pretendidas ejecuciones y represalias (!) atribuidas a las tropas de Versalles son puras mentiras. Dice a París que sólo ansía “liberarlo de los horribles tiranos que le oprimen” y que el París de la Comuna no es, en realidad, “más que un puñado de criminales”.

⁴⁸ Frontón donde la Asamblea Nacional de 1789 adoptó su célebre decisión (Nota de Engels a la edición alemana de 1871). El 9 de julio de 1789, la Asamblea Nacional de Francia luego se proclamó Asamblea Constituyente y llevó a cabo las primeras transformaciones contra el absolutismo y el régimen feudal.

El París de el señor Thiers no era el verdadero París de la “vil muchedumbre”, sino un París fantasma, el París de los *franc-fileurs*,⁴⁹ el París masculino y femenino de los bulevares, el París rico, capitalista; el París dorado, el París ocioso, que ahora corría en tropel a Versailles, a Saint-Denis, a Rueil y a Saint-Germain, con sus lacayos, sus estafadores, su bohemia literaria y sus cocotas. El París para el que la guerra civil no era más que un agradable pasatiempo, el que veía las batallas por un anteojo de larga vista, el que contaba los estampidos de los cañonazos y juraba por su honor y el de sus prostitutas que aquella función era mucho mejor que las que representaban en Porte Saint Martin. Allí, los que caían eran muertos de verdad, los gritos de los heridos eran de verdad también, y además, ¡todo era tan intensamente histórico!

Este es el París del señor Thiers, como el mundo de los emigrados de Coblenza era la Francia del señor de Calonne.⁵⁰

⁴⁹ *Franc-fileurs* (literalmente “libres fugitivos”), mote puesto a los burgueses parisinos que huían de la ciudad durante el asedio. Le daba un carácter irónico al mote su analogía a la palabra *franc-tireur* (libre tirador), nombre de los guerrilleros franceses, participantes activos en la lucha contra los prusianos.

⁵⁰ Coblenza, ciudad de Alemania. Durante la revolución burguesa de Francia de fines del siglo XVIII fue centro de la emigración de la nobleza monárquica y de preparación de la intervención contra la Francia revolucionaria. En Coblenza se hallaba el gobierno emigrado encabezado por de Calonne, reaccionario furibundo, ex ministro de Luis XVI.

ASALTAR EL CIELO

CARTA DE CARLOS MARX A LUDWIG KUGELMANN EN HANNOVER LONDRES, 12 DE ABRIL DE 1871⁵¹

Si te fijas en el último capítulo de mi *Dieciocho Brumario*,⁵² verás que expongo como próxima tentativa de la revolución francesa no hacer pasar de unas manos a otras la máquina burocrático-militar, como venía sucediendo hasta ahora, sino *demolerla*, y ésta es justamente la condición previa de toda verdadera revolución popular en el continente. En esto, precisamente, consiste la tentativa de nuestros heroicos camaradas de París. ¡Qué flexibilidad, qué iniciativa histórica y qué capacidad de sacrificio tienen estos parisienses! Después de seis meses de hambre y de ruina, originadas más bien por la traición interior que por el enemigo exterior, se rebelan bajo las bayonetas prusianas, ¡como si no hubiera guerra entre Francia y Alemania, como si el enemigo no se hallara a las puertas de París! ¡La historia no conocía hasta ahora semejante ejemplo de heroísmo! Si son vencidos, la culpa será, exclusivamente, de su «buen corazón». Se debía haber emprendido sin demora la ofensiva contra Versalles, en cuanto Vinoy, y tras él la parte reaccionaria de la Guardia Nacional, huyeron de París. Por escrúpulos de conciencia se dejó escapar la ocasión. No querían *iniciar la guerra civil*, ¡como si el *mischievous avorton* [miserable engendro] de Thiers no la hubiese comenzado ya cuando intentó desarmar a París! El segundo error consiste en que el Comité Central renunció demasiado pronto a sus poderes, para ceder su puesto a la Comuna. De nuevo ese escrupuloso «pundonor» llevado al colmo. De cualquier manera, la insurrección de París, incluso en el caso de ser aplastada por los lobos, los cerdos y los viles perros de la vieja sociedad, constituye la proeza más heroica de nuestro partido desde la época de la insurrección de junio. Que se

⁵¹ Marx-Engels, *Obras escogidas*, tomo II, pp. 244-245. Publicada por primera vez en forma abreviada en la revista *Die Neue Zeit*, número 23, 1901-1902; en forma completa, en ruso, en el libro *Cartas de C. Marx a L. Kugelmann*, 1907. Editorial Progreso lo editó de acuerdo con el manuscrito y con su traducción del alemán.

⁵² Carlos Marx, *El 18 brumario de Luis Bonaparte*, (Marx-Engels, *Obras escogidas*, tomo I, pp. 210-258.

compare a **estos parisienses, prestos a asaltar el cielo**,⁵³ con los siervos del cielo del sacro Imperio romano germánico-prusiano, con sus mascaradas antediluvianas, que huelen a cuartel, a iglesia, a junkers y, sobre todo, a filisteísmo.

A propósito, en la *edición oficial* de documentos acerca de los subsidios abonados directamente de la caja de Luis Bonaparte, se indica que *Vogt* percibió en agosto de 1859 ¡40 000 francos! Lo he comunicado a Liebknecht para que haga uso de ello cuando llegue el momento.

Puedes enviarme el Haxthausen,⁵⁴ pues en los *últimos tiempos* recibo sin tocar los folletos, etc., no sólo de Alemania, sino hasta de Petersburgo.

Gracias por los periódicos que me has remitido (si puedes, mándame más, pues pienso escribir algo acerca de Alemania, el Reichstag, etc.).

⁵³ Subrayado especial de la presente edición electrónica.

⁵⁴ Se trata del libro de A. Haxthausen, *Ueber den Ursprung und die Grandlagen der Verfassung in den ehemals slavischen Ländern Deutschlands im allgemeinem un des Herzogthums Pomern im besondern* (El origen y las bases del régimen social en las antiguas tierras eslavas de Alemania en general y en el condado de Pomerania, en particular), publicado en Berlín en 1842.

**LA HISTORIA TENDRÍA UN CARÁCTER MUY MÍSTICO SI LAS
“CASUALIDADES” NO DESEMPEÑASEN NINGÚN PAPEL**

**CARTA DE CARLOS MARX A LUDWIG KUGELMANN EN HANNOVER,
[LONDRES], 17 DE ABRIL DE 1871⁵⁵**

He recibido tu carta. Estoy agobiado de trabajo. Por eso sólo escribo unas palabras. No puedo comprender de ningún modo cómo puedes comparar las manifestaciones pequeñoburguesas tipo 13 de junio de 1849,⁵⁶ etc., con la lucha que se desarrolla hoy en París.

Desde luego, sería muy cómodo hacer la historia universal si la lucha se pudiese emprender sólo en condiciones infaliblemente favorables. De otra parte, la historia tendría un carácter muy místico si las “casualidades” no desempeñasen ningún papel. Como es natural, las casualidades forman parte del curso general del desarrollo y son compensadas por otras casualidades. Pero la aceleración o la lentitud del desarrollo dependen en grado considerable de estas “casualidades”, entre las que figura el carácter de los hombres que encabezan el movimiento al iniciarse éste.

La “casualidad” desfavorable decisiva no debe ser buscada esta vez, de ningún modo, en las condiciones generales de la sociedad francesa, sino en la presencia en Francia de los prusianos, que se hallaban a las puertas de París. Esto lo sabían muy bien los parisienses. Pero lo sabían también los canallas burgueses de Versalles. Por eso plantearon ante los parisienses la alternativa: aceptar el reto o entregarse sin lucha. La desmoralización de la clase obrera en este último caso habría sido una desgracia mucho mayor que el perecimiento de

⁵⁵ Marx-Engels, *Obras escogidas*, tomo II, pp. 245. Publicada por primera vez en forma abreviada en la revista *Die Neue Zeit*, número 23, 1901-1902; en forma completa, en ruso, en el libro *Cartas de C. Marx a L. Kugelmann*, 1907. Editorial Progreso lo editó de acuerdo con el manuscrito y con su traducción del alemán.

⁵⁶ El 13 de junio de 1849, en París, el partido pequeñoburgués de la Montaña organizó una manifestación pacífica de protesta contra el envío de tropas francesas para aplastar la revolución en Italia. La manifestación fue dispersada por las tropas. Muchos líderes de la Montaña fueron presos o desterrados o tuvieron que emigrar de Francia.

cualquier número de “líderes”. Gracias a la Comuna de París, la lucha de la clase obrera contra la clase de los capitalistas y contra el Estado que representa los intereses de ésta ha entrado en una nueva fase. Sea cual fuere el desenlace inmediato esta vez, se ha conquistado un nuevo punto de partida que tiene importancia para la historia de todo el mundo.

LENIN

ASALTAR EL CIELO

LA CLASE OBRERA DE RUSIA ES CAPAZ DE
TOMAR EL CIELO POR ASALTO

PREFACIO
A LA TRADUCCIÓN RUSA DE C. MARX,
CARTAS A L. KUGELMANN

FEBRERO 5 DE 1907⁵⁷

Lenin

Al editar en un folleto la recopilación completa de las cartas de Marx a Kugelmann, que aparecieron en el semanario socialdemócrata alemán *Neue Zeit*, nos proponemos dar a conocer más íntimamente al público ruso a Marx y el marxismo. En la correspondencia de Marx ocupan un lugar destacado, como era de esperar, los temas personales. Para un biógrafo, todo esto constituye un material muy valioso. Mas para el público en general y, particularmente, para la clase obrera de Rusia, son infinitamente más importantes aquellos pasajes de las cartas que contienen materiales de carácter teórico y político. En nuestro país, precisamente en la época revolucionaria en que vivimos, es muy instructivo profundizar en un material que testimonia cómo Marx se hacía eco inmediato de todos los problemas del movimiento obrero y de la política mundial. Tiene completa razón la redacción de *Neue Zeit* al afirmar que “nos eleva el conocimiento directo de aquellos hombres, cuyas ideas y voluntad se formaron en las circunstancias de grandes revoluciones”. En 1907, para los socialistas rusos, este conocimiento es doblemente necesario, ya que les proporciona multitud de las más valiosas enseñanzas acerca de las tareas inmediatas de los socialistas en todas y cada una de las revoluciones por las que atraviesa su país. Rusia pasa precisamente en nuestros días por una “gran revolución”. La

⁵⁷ El “Prefacio” de Lenin, Fue publicado por primera vez en 1907, en C. Marx, *Cartas a L. Kugelmann*, Petersburgo, Nóvaia Duma, 1907, edición en ruso. En español fue publicado en Lenin, *Obras completas*, tomo XII, Madrid, Akal Editor, 1976, pp. 93-102; y en Lenin, *Marx Engels, Marxismo*, Pekín, Ediciones en Lenguas Extranjeras, 1980, pp. 213-224 de una edición rusa anterior.

política seguida por Marx en los años relativamente tempestuosos de la década del 60 debe servir, con muchísima frecuencia, de modelo directo para la política socialdemócrata en la actual revolución rusa.

Por lo tanto, nos permitiremos señalar, con la mayor brevedad, los pasajes de la correspondencia de Marx de especial importancia en el sentido teórico, y detenernos con más detalle en su política revolucionaria, como representante del proletariado.

Desde el punto de vista de la comprensión más completa y profunda del marxismo, tiene un interés notable la carta del 11 de julio de 1868.⁵⁸ Marx expone en ella con extraordinaria claridad, en forma de réplicas polémicas contra los economistas vulgares, el concepto suyo acerca de la llamada teoría del valor del trabajo. Marx analiza aquí, de un modo breve, sencillo y muy claro, precisamente aquellas objeciones contra su teoría del valor que, con la mayor naturalidad, surgen en la mente de los lectores menos preparados de *El Capital* y que, por lo mismo, son recogidas con gran celo por los mediocres representantes de la “ciencia académica” burguesa. Marx explica en esta carta el camino que él tomó y el que es necesario tomar para interpretar la ley del valor. En el ejemplo de las objeciones más comunes, Marx enseña cuál es su *método*. Descubre la relación existente entre un problema tan meramente teórico y abstracto (al parecer) como el de la teoría del valor y “los intereses de las clases dominantes”, que exigen “*eternizar la confusión*”. Sólo es de desear que cada uno de los que aborden el estudio de Marx y la lectura de *El Capital*, lea y relea la carta a la que nos referimos, al mismo tiempo que estudie los primeros y más difíciles capítulos de *El Capital*.

Otros pasajes de las cartas, especialmente interesantes desde el punto de vista teórico, son las opiniones de Marx sobre diversos escritores. Cuando uno lee estos juicios de Marx, escritos en un lenguaje vivaz, llenos de pasión, que revelan su inmenso interés por todas las grandes corrientes ideológicas y por su análisis, se tiene la impresión de estar oyendo la palabra del genial pensador. Además de las opiniones manifestadas de paso sobre Dietzgen, merece especial atención de los lectores la apreciación hecha de los proudhonistas. La “brillante”

⁵⁸ Carta de Marx a Kugelmann, julio 11 de 1868 (p. 42 y siguientes de la edición de Lenin en ruso).

juventud intelectual procedente de las filas de la burguesía, que se lanza “hacia el proletariado” en los períodos de ascenso social, pero que es incapaz de penetrar las concepciones de la clase obrera y trabajar tenaz y seriamente “en las filas y en la línea” de las organizaciones proletarias, está pintada sólo con unos cuantos trazos, pero de una claridad asombrosa.⁵⁹

De pronto una referencia a Dühring,⁶⁰ que parece presagiar el *Anti-Dühring*, la famosa obra de Engels (y de Marx) escrita nueve años más tarde. Existe una traducción rusa de dicha obra, hecha por Tsederbaum, que, por desgracia, además de omisiones contiene errores y es sencillamente una mala traducción. Hay allí mismo una mención de Thünen, que afecta también a la teoría de la renta de Ricardo. Ya por aquel entonces, en 1868, Marx rechazaba resueltamente los “errores de Ricardo”, refutados definitivamente en el tercer tomo de *El Capital*, aparecido en 1894, errores que hasta hoy día son repetidos por los revisionistas, empezando por nuestro ultraburgués e incluso centurionegrista señor Bulgákov, y terminando por el “casi ortodoxo” Máslov.

Es interesante también la opinión de Marx sobre Büchner con la apreciación sobre el materialismo vulgar, así como de la “palabrería superficial” copiada de Lange (¡fuente habitual de la filosofía “profesoral” burguesa!).⁶¹

Veamos ahora la política revolucionaria de Marx. En Rusia adquirió una difusión asombrosa entre los socialdemócratas cierto concepto filisteo sobre el marxismo, según el cual el período revolucionario, con sus formas especiales de lucha y las tareas particulares del proletariado, constituye casi una anomalía, mientras que la “constitución” y la “oposición extrema” son la regla. Ningún país del mundo atraviesa ahora por una crisis revolucionaria tan profunda como Rusia y en ningún otro país existen “marxistas” (que rebajen y vulgaricen el marxismo) que asuman una posición tan escéptica y filistea frente a la revolución. ¡Del hecho de que el contenido de la revolución es burgués, llegan a la conclusión trivial de que la burguesía es la *fuerza motriz* de la revolución, de que las tareas del proletariado en la misma

⁵⁹ Carta de Marx a Kugelmann, octubre 9 de 1866 (p. 17 de la edición rusa de 1907).

⁶⁰ Carta de Marx a Kugelmann, marzo 6 de 1868 (p. 35 de la edición rusa de 1907).

⁶¹ Carta de Marx a Kugelmann, diciembre 5 de 1868 (p. 48 de la edición rusa de 1907).

son auxiliares, no independientes, y de que es imposible que el proletariado dirija la revolución!

¡De qué modo desenmascara Marx en sus cartas a Kugelmann este concepto trivial acerca del marxismo! He aquí la carta del 6 de abril de 1866. Marx, a la sazón, daba término a su obra principal. Su opinión definitiva sobre la revolución alemana de 1848, ya la había dado 14 años antes de que fuese escrita esta carta.⁶² En 1850, Marx mismo se había despojado de sus ilusiones socialistas sobre la proximidad de la revolución socialista en 1848.⁶³ Y en 1866, al comenzar a observar las nuevas crisis políticas en maduración, escribió:

¿Comprenderán, por fin, nuestros filisteos (se trata de los liberales burgueses de Alemania) que sin una revolución que elimine a los Habsburgo y Hohenzollern, las cosas llevarán, en fin de cuentas, a una nueva Guerra de los Treinta Años?⁶⁴

Ni la menor ilusión de que la próxima revolución (que se llevó a cabo desde arriba y no desde abajo, como esperaba Marx) eliminaría a la burguesía y el capitalismo. No hacía más que señalar de una manera clara y precisa que dicha revolución eliminaría a las monarquías prusiana y austríaca. ¡Y qué fe en esta revolución burguesa! ¡Qué pasión revolucionaria de luchador proletario que comprende el enorme papel de la revolución burguesa para el avance del movimiento socialista!

Tres años más tarde, en vísperas del hundimiento del imperio napoleónico en Francia, al señalar la existencia de un movimiento social “muy interesante”, Marx manifiesta *con verdadero entusiasmo* que “los parisienses comienzan a estudiar su reciente pasado revolucionario con vistas a prepararse para la nueva lucha revolucionaria inminente”. Describiendo la lucha de clases que se ha revelado del estudio de este

⁶² Véase F. Engels, “La revolución y contrarrevolución en Alemania” (Marx-Engels, *Obras Completas*, t. VIII). Este texto siempre se le atribuyó a Marx, hasta que en 1913 se supo que era de Engels (nota de Akal Editor a este “Prefacio”, tomo XII, p. 96).

⁶³ Véase este texto en Marx Engels, “Resumen internacional (III)”, (*Obras Completas*, t. VII) y Marx, *Las luchas de clases en Francia de 1848 a 1850* (Ibíd., t. VII).

⁶⁴ Carta de Marx a Kugelmann, abril 6 de 1866 (pp. 13-14 de la edición rusa de 1907).

pasado, Marx concluye: “¡Y hierve la caldera de las hechiceras de la Historia! ¡Cuándo llegaremos *nosotros* (en Alemania) a tal estado!”.⁶⁵

Esto es lo que deberían aprender de Marx los intelectuales marxistas rusos, postrados por el escepticismo y atontados por la pedantería, propensos a los discursos de arrepentimiento y que se cansan rápidamente de la revolución y sueñan, como si fuese una fiesta, con el entierro de la revolución para sustituirla por la prosa constitucional. Deberían aprender del jefe y teórico de los proletarios a tener fe en la revolución, a saber llamar a la clase obrera a defender hasta el fin sus tareas revolucionarias inmediatas, a mantener firme el espíritu sin llegar a los lloriqueos pusilánimes ante los reveses temporales de la revolución.

¡Los pedantes del marxismo piensan que todo esto es charlatanería ética, romanticismo, falta de realismo! ¡No, señores! Esto es unir la teoría revolucionaria con la política revolucionaria, unión sin la cual el marxismo se convierte en brentanismo, en struvismo, en sombartismo.⁶⁶

⁶⁵ Carta de Marx a Kugelmann, marzo 3 de 1869 (p. 56 de la edición rusa de 1907).

⁶⁶ El *brentanismo* era una “doctrina liberal-burguesa que admitía una lucha de ‘clase’ no revolucionaria del proletariado” (Lenin, *La revolución proletaria y el renegado Kautsky*, Pekín, Ediciones en Lenguas Extranjeras, 1972, p. 2), que debió su nombre a L. Brentano, economista burgués alemán, partidario del llamado “socialismo de Estado” quien pretendió demostrar que se podía realizar la igualdad social dentro del capitalismo mediante reformas y conciliaciones de intereses de los capitalistas y obreros. Con un vocabulario marxista como rótulo, L. Brentano y sus seguidores trataron de subordinar el movimiento obrero a los intereses de la burguesía.

El *struvismo* era una deformación burguesa-reformista del marxismo. P. B. Struve y otros “marxistas legales” intentaban utilizar la bandera y el movimiento obrero en beneficio de la burguesía. Lenin en sus obras puso al descubierto en el struvismo el embrión del oportunismo internacional y el revisionismo, que más tarde tomó forma en las concepciones de Bernstein y Kautsky; él mostró la evolución natural del struvismo dentro del liberalismo nacionalista burgués. En tiempos de la Primera Guerra Mundial, Struve fue uno de los ideólogos del imperialismo ruso; ocultándose con la fraseología marxista, defendía el chovinismo social, justificaba la guerra de rapiña, la anexión, la opresión nacional bajo el falso pretexto de que “el desarrollo del capitalismo en mi país, y consecuentemente el advenimiento del socialismo, será acelerado por su victoria”. (Lenin, “La bancarrota de la II Internacional”, *Obras Completas*, t. XXII).

El *sombartismo*: corriente liberal-burguesa, que toma su nombre de V. Sombart, economista vulgar burgués de Alemania. Lenin decía que Sombart “tergiversa a Marx con la ayuda de citas de Marx”, “remitiéndose a afirmaciones

La doctrina de Marx fundió en un todo indisoluble la teoría y la práctica de la lucha de clases. Y no es marxista quien deforma una teoría que constata serenamente la situación objetiva, para justificar la situación existente, llegando al deseo de adaptarse cuanto antes a cada declive temporal de la revolución, de abandonar lo más rápidamente posible las “ilusiones revolucionarias” y dedicarse a pequeñeces “reales”.

Marx era capaz de sentir la proximidad de la revolución y elevar al proletariado hasta la conciencia de sus tareas revolucionarias progresivas en la época más pacífica, que podría parecer, según expresión suya, “idílica” o “desconsoladoramente estancada” (según la redacción de *Neue Zeit*). En cambio, nuestros intelectuales rusos, que simplifican a Marx de modo filisteo, aconsejan al proletariado, en la época de mayor auge de la revolución, que realice una política pasiva, que se deje llevar sumiso “por la corriente”, que apoye tímidamente a los elementos más vacilantes del partido liberal en moda!

La apreciación que Marx hace de la Comuna de París corona sus cartas a Kugelmann. Y esta apreciación es particularmente instructiva si la comparamos con los métodos empleados por los socialdemócratas rusos del ala derecha. Plejánov, que después de diciembre de 1905 exclamó con pusilanimidad: “¡No se debía haber empuñado las armas!”, tenía la modestia de compararse con Marx, afirmando que también Marx frenaba la revolución en 1870.

Sí, *también* Marx la frenaba. Pero fíjense en el abismo que hay entre Plejánov y Marx en la comparación hecha por el primero.

En noviembre de 1905, un mes antes de que llegase a su punto culminante la primera ola revolucionaria rusa, Plejánov no sólo no advertía resueltamente al proletariado, sino que, por el contrario, afirmaba sin ambages que era necesario *aprender a manejar las armas y armarse*. Pero cuando un mes más tarde estalló la lucha, Plejánov, sin hacer el menor intento de análisis de su papel e importancia en la marcha general de los acontecimientos, de su enlace con las formas anteriores de lucha, se apresuró a pasar por un intelectual arrepentido gritando: “No se debía de haber empuñado las armas”.

aisladas de Marx, imitando el marxismo, sustituyéndolo por el brentanismo”. (Lenin, “El triunfo de los kadetes y las tareas del partido obrero”, *Obras Completas*, t. X).

En *septiembre de 1870, medio año* antes de la Comuna, Marx advirtió francamente a los obreros franceses, en su famoso llamamiento de la Internacional que la insurrección sería una *locura*.⁶⁷ Puso al descubierto, *de antemano*, las ilusiones nacionalistas respecto a la posibilidad de un movimiento en el espíritu del de 1792. Supo decir muchos meses antes, *y no ya después de los acontecimientos*: “No se debe empuñar las armas”.

Pero, ¿qué posición asumió Marx cuando esta obra *desesperada*, según su propia declaración de septiembre, empezó a tomar vida en marzo de 1871? ¿Acaso Marx aprovechó esta ocasión (como lo hizo Plejánov con respecto a los acontecimientos de diciembre) únicamente en “detrimento” de sus adversarios, los proudhonistas y blanquistas que dirigían la Comuna? ¿Acaso se puso a gruñir como una preceptora: “ya decía yo, ya les advertía, y ahí tenéis vuestro romanticismo, vuestros delirios revolucionarios”? ¿Acaso Marx se dirigió a los comuneros como Plejánov a los luchadores de diciembre con su sermón de filisteo autosatisfecho: “No se debía de haber empuñado las armas”?

No. El 12 de abril de 1871 Marx escribió una carta *llena de entusiasmo* a Kugelmann, carta que con gran placer colgaríamos en la casa de cada socialdemócrata ruso, de cada obrero ruso que supiera leer.

Marx, que en septiembre de 1870 había calificado la insurrección de locura, en abril de 1871, al ver el carácter popular y de masas del movimiento, lo trata con la máxima atención de quien participa en los grandes acontecimientos que marcan un paso adelante en el histórico movimiento revolucionario mundial.

Esto —dice Marx— es *un intento* de destrozarse la máquina burocrática militar, y no simplemente de entregarla a otras manos. Y canta un verdadero hosanna a los “*heroicos*” obreros de París, dirigidos por proudhonistas y blanquistas. “¿Qué flexibilidad —escribió Marx—, qué iniciativa histórica y qué capacidad de sacrificio tienen estos parisienses! [...] La historia no conoce todavía ejemplo de heroísmo semejante”.⁶⁸

La *iniciativa histórica* de las masas es lo que más aprecia Marx. ¡Oh, si nuestros socialdemócratas rusos aprendieran de Marx a valorar

⁶⁷ Escrito por Marx del 6-9 de septiembre de 1870.

⁶⁸ Carta de Marx a Kugelmann, abril 12 de 1871 (p. 88 de la edición rusa de 1907), publicada en esta edición electrónica.

la *iniciativa histórica* de los obreros y campesinos rusos en octubre y diciembre de 1905!

A un lado, el homenaje a la *iniciativa histórica* de las masas por parte del más profundo de los pensadores, que supo prever medio año antes el revés; y al otro, el rígido, pedantesco, falto de alma: “¡No se debía de haber empuñado las armas!”. ¿No se hallan acaso tan distantes como la tierra del cielo?

Y en su calidad de *participante* en la lucha de masas, en la que intervino con todo el entusiasmo y pasión que le eran inherentes, desde su exilio en Londres, Marx emprende la tarea de criticar los *pasos inmediatos* de los parisienses “valientes hasta la locura” y “*dispuestos a tomar el cielo por asalto*”.

¡Oh, cómo se habrían mofado entonces de Marx nuestros actuales sabios “realistas” de entre los marxistas que, en 1906-1907 se mofan en Rusia del romanticismo revolucionario! ¡Cómo se habría burlado esta gente del *materialista*, del *economista*, del enemigo de las utopías que admira el “intento” de *tomar el cielo por asalto*! ¡Cuántas lágrimas, cuántas risas condescendientes, cuánta compasión habrían prodigado todos estos hombres enfundados respecto a las tendencias motinescas,⁶⁹ utopistas, etc., etc., con motivo de semejante apreciación del movimiento dispuesto a asaltar el cielo!

Pero Marx no estaba penetrado de la “archisabiduría de los albuces”,⁷⁰ que temen analizar la *técnica* de las formas superiores de la lucha revolucionaria, y analizó precisamente estas cuestiones técnicas de la insurrección. ¿Defensiva u ofensiva?, pregunta, como si las operaciones militares se desarrollasen a las puertas de Londres. Y responde: sin falta, la ofensiva, “*se debía haber emprendido inmediatamente la ofensiva contra Versalles*”.

Esto lo escribía Marx en abril de 1871, unas semanas antes del grande y sangriento mes de mayo...

Los insurrectos que se lanzaron a la obra “loca” de tomar el cielo por asalto (septiembre de 1870) “debieron haber emprendido inmediatamente la ofensiva contra Versalles”.

⁶⁹ *El hombre enfundado*, héroe del cuento así titulado del escritor ruso A. Chéjov. Tipo del filisteo de corto alcance, que teme todo lo nuevo, toda iniciativa.

⁷⁰ *El albur sabio*, imagen del filisteo cobarde del cuento del escritor satírico ruso M. Saltikov-Schedrín.

“No se debía de haber empuñado las armas” en diciembre de 1905, para defenderse por la fuerza contra los primeros intentos de arrebatar las libertades conquistadas...

¡Sí, no en vano se comparaba Plejánov con Marx!

“Segundo error – continúa Marx en su crítica *técnica* –: el Comité Central” (es decir, la *dirección militar*; tomen nota, pues se trata del CC de la Guardia Nacional) “renunció *demasiado pronto* a sus poderes”.

Marx sabía prevenir a los *dirigentes* contra una prematura insurrección. Pero ante el *proletariado* que asaltaba el cielo, adoptaba la actitud de consejero práctico, de participante en la *lucha* de las masas que elevan *todo* el movimiento a un *grado superior*, a pesar de las teorías falsas y los errores de Blanqui y Proudhon.

“De cualquier manera – escribía Marx –, la insurrección de París, incluso en el caso de ser aplastada por los lobos, cerdos y viles perros de la vieja sociedad, constituye la proeza más gloriosa de nuestro Partido desde la época de la insurrección de junio”.⁷¹

Y Marx, sin ocultar al proletariado *ni uno solo* de los errores de la Comuna, dedicó a esta *proeza* una obra que *hasta hoy día* es la mejor guía para la lucha por el “cielo”, y el espanto más temido por los “cerdos” liberales y radicales.⁷²

Plejánov dedicó a diciembre una “obra” que se ha convertido casi en el Evangelio de los kadetes.

Sí, no en vano se comparaba Plejánov con Marx.

Kugelmann respondió a Marx, manifestándole, por lo visto, algunas dudas, haciendo alusiones a lo desesperado de la empresa, al realismo en oposición al romanticismo; en todo caso, comparaba la Comuna, la *insurrección*, con la manifestación pacífica del 13 de junio de 1849 en París.

Marx inmediatamente (el 17 de abril de 1871) da una severa réplica a Kugelmann:

⁷¹ Carta de Marx a Kugelmann, abril 12 de 1871.

⁷² *Ibíd.*

La historia universal — escribe —, sería por cierto muy fácil de hacer si la lucha sólo se aceptase con la condición de que se presentaran perspectivas infaliblemente favorables.⁷³

En septiembre de 1870, Marx calificaba la insurrección de locura. Pero, cuando las *masas* se sublevan, Marx quiere marchar con ellas, aprender al lado de ellas, en el curso de la lucha, y no darles consejos burocráticos. Marx comprende que los intentos de prever de antemano, *con toda precisión*, las probabilidades de éxito, no serían más que charlatanería o vacua pedantería. Pone, *por encima de todo*, el que la clase obrera *crea* la historia mundial heroicamente, abnegadamente y con iniciativa. Marx consideraba a la historia desde el punto de vista de sus *creadores*, sin tener la posibilidad de prever de antemano, de modo *infalible*, las probabilidades de éxito, y no desde el punto de vista del filisteo intelectual que viene con la moraleja de que “era fácil prever [...], no se debía de haber empuñado...”.

Marx sabía apreciar también el hecho de que hay momentos en la historia en que la lucha desesperada de las *masas*, incluso por una causa sin perspectiva, es *indispensable* para los fines de la educación ulterior de estas masas y de su preparación para la lucha *siguiente*.

A nuestros *quasi-marxistas* actuales, a los que gustan citar a Marx al tuntún, con el único fin de utilizar su apreciación del pasado y no de aprender de él a crear el futuro, les es completamente incomprensible, incluso ajena en principio, semejante *manera de plantear* el problema. Plejánov ni siquiera pensó en ella al emprender, después de diciembre de 1905, la tarea de “*frenar*”.

Pero Marx plantea precisamente este problema, sin olvidarse en lo más mínimo de que, en septiembre de 1870, él mismo consideraba como locura la insurrección.

Los canallas burgueses de Versalles — escribe Marx — plantearon ante los parisienses la alternativa: aceptar el reto a la lucha o entregarse sin luchar. *La desmoralización de la clase obrera* en este último caso habría

⁷³ Carta de Marx a Kugelmann, abril 17 de 1871, publicada en esta edición electrónica.

sido una desgracia *mucho mayor* que el perecimiento de cualquier número de líderes.⁷⁴

Con esto terminaremos nuestro breve esbozo sobre las enseñanzas de una política digna del proletariado, tal como nos las ofrece Marx en sus cartas a Kugelmann.

La clase obrera de Rusia ha demostrado ya, y lo demostrará todavía más de una vez, que es capaz de “tomar el cielo por asalto”.

5 de febrero de 1907.

⁷⁴ *Ibíd.*

APENDICE

JOHN REED

**DIEZ DÍAS
QUE ESTREMECIERON AL MUNDO**

**LA PROEZA PROMETEICA HECHA REALIDAD
LA REVOLUCIÓN BOLCHEVIQUE DE 1917**

JOHN REED

Y de pronto comprendí que el devoto pueblo ruso no necesitaba más de sacerdotes para pedir ingresar al paraíso. Sobre la tierra ellos estaban construyendo uno más esplendoroso que el que ningún otro cielo podía ofrecerles, y por el cual valía la pena morir...

*John Reed, Diez días que estremecieron al mundo,
versión libre al español por Héctor Cuauhtémoc Hernández Silva,
del párrafo final del apartado X, "Moscú", con base en la edición en inglés, John
Reed, Ten days that shook the world,
versión electrónica PDF gratuita en Internet
por el Project Gutenberg Literary Archive Foundation.*

I suddenly realised that the devout Russian people no longer needed priests to pray them into heaven. On earth they were building a kingdom more bright than any heaven had to offer, and for which it was a glory to die....